

Zeitschrift: Hispanica Helvetica
Herausgeber: Sociedad Suiza de Estudios Hispánicos
Band: 16 (2006)

Artikel: PrólogoRoger Wolfe y el Neorrealismo español de finales del siglo XX
Autor: López Merino, Juan Miguel
Anhang: Apéndice : Fragmentos de la correspondencia de Roger Wolfe con el autor
DOI: <https://doi.org/10.5169/seals-840906>

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. [Mehr erfahren](#)

Conditions d'utilisation

L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. [En savoir plus](#)

Terms of use

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. [Find out more](#)

Download PDF: 02.01.2026

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, <https://www.e-periodica.ch>

APÉNDICE

Fragmentos de la correspondencia de Roger Wolfe con el autor

7-VI-1996

[...]

Ese libro [*Última salida para Brooklyn*] me voló la cabeza de aquí a los anillos de Saturno idea y vuelta. Me hizo daño y me sacudió, me resquebrajó, me machacó, me hizo jodidamente polvo. Es un libro que chorrea, además, una curiosa compasión, verdadera ternura –aunque en principio pueda parecer que no– y estoy absolutamente convencido de que ese Selby era, el pobre, una buenísima/bellísima (como se decía o decían antes) persona.

Los clásicos están bien pero siempre he pensado que unas cuantas lecturas clave, pero bien escogidas y asimiladas, son suficientes para dar a luz un genio si hay madera. Quiero decir que desde hace años me guío por ese método, el olfato, el instinto, y sólo leo lo que me llama y lo que me sale de punta polla y cuando un libro no me entra –sea el *Ulises* o *La Araucana* o lo que coño quiera–, sale volando por ventana metafórica más cercana antes de la página 15, y eso si tiene suerte. Siempre me he guiado por ese sistema. A mí me funciona; lo único es que no creo que valiera para «tertuliano informado»; aunque esa gente en cualquier caso es más falsa que un duro de 6 pelas; fusilan más Bompianis que otra cosa. Igual que los críticos. Y ahora ya pueden tirar de enciclopedia en CD-Rom así que no te digo nada. Siempre he preferido decir «No sé» que llenarme la boca de mierda, Yo me enorgullezco de lo que he leído; pero también

de mis lagunas. En mis lagunas entierro a todos mis enemigos; los muertos y los vivos también.

[...] me estoy distanciando hace tiempo de la ira. No significa que haya decidido tirar la toalla; significa lo que digo en un poema que a lo mejor lees algún día si Dios y Abelardo Linares quieren: «una bandera blanca no tiene por qué ser necesariamente una toalla...» O como dice Buk (¿o es Hemingway?): no puede ser la guerra todo el tiempo. El odio desgasta y es inútil, y la indiferencia es la más mortífera de las armas y no desgasta nada.

Yo hice en gran medida mi «aprendizaje poético» sobre la base del endecasílabo; de hecho, los escribo, aún hoy, «de oído». Mi primer libro –totalmente inencontrable y yo no tengo más ejemplares que los 2 míos– *Diecisiete poemas* (Caffarena, 1986) contiene bastantes «sonetos blancos». Trabajé mucho la forma, en esa 1^a época, y el soneto sin rima y el endecasílabo. Luego progresé definitivamente hacia el verso libre –que es el verso más difícil que hay, aunque muchos opinen lo contrario; hacerlo bien, quiero decir, es jodidísimo– y no miré atrás. Lo que ocurre es que hay que tener cuidado porque si te haces mucho a esa forma luego ya te digo que los endecasílabos te acaban saliendo, aun años después, de oído y sin querer, y eso es jodido porque luego tienes que andar quebrando versos semi artificialmente y a veces el ritmo se puede hacer demasiado cabrón y machacón, demasiado poco suelto, y ése es un fallo que si miras bien mis poemas verás que a veces tengo yo: un sonsonete rítmico, una especie de cadencia cacofónica chunga con la que hay que tener cuidado. Si te despista la *música* se te convierte en *musiquilla* y vas jodido. Yo tengo el ritmo metido en la chola y el esqueleto desde que empecé a escribir, sobre todo por sobredosis de Rubén Darío y por ejemplo los sonetos de Blas de Otero –que junto con los de Quevedo y los de Miguel Hernández son los mejores de la historia de la literatura española– y a veces me jode un poco tanto ritmo, tanta caña; si te pasas, te enrancia un poema cagando leches cortadas. Pero el problema, el doble filo del ritmo, es más jodido cuando escribo prosa, porque aunque parezca mentira el ritmo me persigue aún más en prosa que en verso, y si una página no me cuadra en el oído de la mente no me vale. Me vuelvo loco con el ritmo; cada oración, cada párrafo, tiene que «sonar»; si no suena, no me vale. Pero es jodido porque sabes lo que pasa, lo que pasa es que de repente te encuentras con asonancias chungas que recorren un

párrafo sin que te hayas dado cuenta, y si te despistas tienes el maldito sonsonete persiguiéndote otra vez. Yo por ejemplo no puedo releer *El índice de Dios* sin encoger a veces la cara; ese libro está tan apretado que a veces chirría; hay asonancias chungas que si examinas bien el texto podrás descubrir. Si lo lees «con el oído» te darás cuenta. Hice lo que pude para reducir el sonsonete al mínimo pero a veces me traiciona; la necesidad de que cada frase, cada oración «suene bien», «encaje» y «se acople» finalmente es más fuerte que yo. Y efectivamente, a veces las páginas se acoplan como cuando alguien llama a una emisora radiofónica con el aparato de radio demasiado cerca del teléfono. En los cuentos, en mi primer libro de cuentos sobre todo –no en el segundo– este problema no existe, porque el ritmo no me preocupó tanto en ese momento, o no salió tanto a la superficie, o no me tenía tan cogido por el cuello; ese libro, el 1º de cuentos, claro está, tiene otros problemas. Párrafos y páginas enteras que simplemente están mal escritos. Pero bueno. Lo peor que puede hacer un escritor –lo peor quiero decir si quiere sufrir– es releer sus obras ya publicadas. El sufrimiento aumenta en progresión geométrica directamente proporcional al número de años transcurridos desde la escritura/publicación del libro en cuestión. Es desaconsejable leer los viejos textos de uno mismo, aunque se aprenda mucho –se aprenda mucho lo que *no hay que hacer*, quiero decir– y de hecho la mayoría de los escritores soportan bastante mal la experiencia. Es su justo –nuestro justo– castigo, por otra parte por ser tan temerarios y escribir tanta mierda. A mí por ejemplo *Arde Babilonia*, pues no sé, ese libro tiene algo que no me convence, que no me acaba de convencer. Algo falla y ese libro no me gusta demasiado. No sé.

[...]

5-VIII-1996

[...] Creo que al principio uno siempre tiene más claro lo que quiere decir –o ve cosas que contar en todas partes– que cómo decirlo. Luego es justamente al revés: uno sabe cómo decir las cosas –o por lo menos, cómo decirlas *a su manera*– pero no sabe qué cojones contar o seguir contando. Porque sabe que haga lo que haga se va a pasar el resto de la vida contando la misma historia.

[...]

15-VIII-1996

[...]

En cuanto al dinero... no me digas que no te había hablado de mis problemas económicos??? Qué suerte tienes, debes de ser el único. Sí, llevo años en este plan, precariedad económica total y absoluta, nunca sabemos, *literalmente*, de dónde va a salir la jala del mes (o de la semana) que viene, ni cómo vamos a pagar el alquiler. Una espada de Damocles permanente. Son muchos años y ya casi es una segunda piel, ya casi es *second nature* como decimos en inglés, es algo así como tener una jaqueca emocional crónica, al final te acostumbras tanto al dolor que ya ni lo notas, salvo las punzadas de angustia cuando la cosa se pone REALMENTE CHUNGA, es decir más chunga todavía que lo normal (como ahora, por cierto), y en fin; mal rollo. Aunque a veces pienso que mantiene afilado también el filo del cuchillo, me da ese *edge* cortante y afilado que necesito para escribir, para pensar, para odiar mejor. Soy un malcontento en el fondo; mi basura se nutre de tensión y rencor. Soy el primero en reconocerlo. Es un resentimiento general contra las condiciones mismas de la vida, la propia vida. Es un resentimiento general contra mi jodida circunstancia. De ahí brota todo. Aunque, claro, como decía Hem o Buk o alguien, no puede ser la guerra todo el tiempo.

[...]

Si yo fuera una persona «normal» quizá pasaría de comprar libros como los míos, de frecuentar a gente como yo. Pero... lo cierto es que uno grita cuando se quema, como decía Buk, qué coño vas a hacer. Si me cayeran setecientos kilos es casi seguro que dejaría de escribir. Para siempre. Me compraría un castillo en Nepal o Ulan Bator. Desaparecería del mapa para siempre. Escribo porque estoy jodido y porque el mundo no me gusta. No me enrolla nada el mundo, ni cómo van las cosas ni lo que está pasando aquí. No me enrolla nada. Pero yo no lo llamaría quejas. No son quejas. Son escupitajos en la jeta de Dios. O de la puta Amparo, qué sé yo.

[...]

No hay mayor euforia que la de un párrafo bien hecho. Claro que ocurre tan pocas veces. Cuando dices: esto es. Cuando escribes

un poema que no te importa que no vaya a ninguna parte, ni si publique o deje de publicar, porque has dando en la cabeza del jodido invento con un martillo pilón y el campanazo te ha medio reventao la cabeza y te quedas contento como un boxeador sonao. Que es lo que parezco yo la mayor parte de los días, pero por motivos normalmente diferentes.

[...]

22-III-1997

[...] *Mensajes* roza técnicamente el virtuosismo (aunque esté mal que lo diga yo) y no se puede ofrecer más que lo que yo ofrezco en ese libro, la gama de registros de fondo y forma es exhaustiva y francamente demoledora. No se puede dar ni pedir más. Sería difícil vapulearle más el alma y los cojones a la poesía, sin repetirse, y saliéndose uno con la suya, que en ese libro. Poetizar lo impoetizable y no escaldarse, como en «Año 0», o hacer simple y llanamente lo que me sale de la punta del capullo con un material supuestamente poco maleable, forzándolo para adaptarlo a lo que quiero y rompiéndole hasta el cielo de la boca cada vez que se me resiste. El que diga que la poesía se ha quedado caduca o no sirve ya en el mundo en que vivimos se equivoca, y creo que *Mensajes* lo demuestra con brutal eficacia y sin olvidar ni el lirismo bien entendido ni el humor. Claro que ésa es una de las cuestiones clave: el *lirismo bien entendido*. Porque al que lo busque en los libros de **** más le vale irse a buscar condones usados en el limbo. Quizá todo esto pueda parecer un alarde de soberbia, y quizá de hecho lo sea; pero estoy hasta cojones de falsa modestia y además quiero creer que me conoces, y te digo que he sido, casi retrospectivamente porque tiene ya entre 2 y 4 años el material incluido, consciente de mi poder con este libro, hasta tal punto que es muy posible que me haya quedado vacío, o que haya fustigado la cuestión hasta tal extremo de haberse quitado, como de hecho se me han quitado, las ganas de escribir. Y supongo que precisamente porque yo considero que este libro daría más juego a eso que se podría llamar un buen crítico «responsable» (jua jua jua) que ningún otro de los míos pues precisamente por eso, como digo, no le harán puto caso. Siempre es así: ELLOS en una dirección, y yo en dirección contraria.

[...]

Lo que te da una carta, una buena carta [...] no te lo da nada, ni siquiera un buen libro. Yo entiendo hasta mis libros –mis libros más que nada– como cartas.

[...]

Céline. Ah, Céline. Ah, ah, ah, Céline. Eso sí que es correrse patasbajo. Lo mejor de nuestra vida, fetivamente. Lo mejor. Sólo Selby me dejó más noqueado, y es distinto. Me he devorado en los últimos tiempos tres libros más de los cinco libros que ha escrito Selby, el otro era *Última salida*, y el que me falta lo tengo pedido. Acabé la otra semana *The Demon*. Anteriormente había leído *Song of the Silent Snow* (relatos, muy bueno también) y *The Room*, que me traje en primera edición impecable, tapas duras, increíble precio de \$17.50, de los USA el año pasado. Lo encontré en una librería de segunda mano de Minneapolis en la que todavía estaría hurgando si hubiera tenido tiempo y dinero. *The Demon*, como todo lo de Selby, me dejó hecho un guiñapo, al borde de las lágrimas, demolido, devastado, desesperado. Cada vez que leo un libro de Selby me lanzo a la calle a dar vueltas como un poseso en busca de no sé muy bien qué, probablemente problemas. *Última salida* me costó una recaída alcohólica de cinco meses el año pasado que casi acaba conmigo. Dios. Selby. Dios mío. Es brutal y al mismo tiempo cuasimístico, tiene un devastador ramalazo de piedad estremecida, de compasión a hachazos, de desgarrada desnudez apaleada y auténticamente *humana* que me reduce a un jirón de pellejo chamuscado, me mata, me deshace, no lo puedo soportar. Leo a Selby y creo en lo paranormal, tío. Y está vivo. EL TIPO ESTÁ VIVO. No puedo permitirme dejarle escapar, como dejé escapar a Bukowski (cosa que no me dolió tanto; no me atraía, por extraño que pueda parecer, un encuentro personal con él; no hubiera salido bien, fijo); tengo que ingeníarmelas para ponerme en contacto con Selby, para escribirle, para quizá hasta entrevistarle. Si en el puto *Mundo* supieran realmente a quién tienen colaborando ocasionalmente en sus páginas y me escucharan, si les pudiera hablar siquiera, ya estaba camino de Los Ángeles con una grabadora. Pero es inútil. Nadie se entera de nada y no hay nada que hacer y encima tiene uno que ir mendigando las migajas sobrantes, lo poco que queda después de que los subnormales que nutren las páginas de todos estos nauseabundos suplementos acaben de vomitar sus memeces. Y Selby en algún lugar

de Los Ángeles, esperándome. Y quién sabe en qué estado. Quién sabe cuánto le queda. Es un crimen. Pero quiero creer que está escrito que su camino y el mío se crucen y no descarto algún milagro, que tendría que llegar pronto. Igual hasta llega.

[...]

Se manquita completamente las ganas de escribir y es preocupante. Ya sabía de la inutilidad de todas las palabras pero aún no me había fallado el estremecimiento, el escalofrío, el *frisson* que te empuja a escribir. Ahora estoy como un pez boqueando en una pecera. Nada que hacer. No es una simple temporada de dique seco, las conozco bien, y no es que me falte material ni me falten ideas. Es que nasti, simplemente. Que nasti. Me estoy obligando a seguir adelante, con otro libro de ensayo-ficción, otro cuaderno de bitácora o ruta, pero no me lo creo ni yo. Me cuesta un triunfo poner una maldita palabra en la pantalla, aunque esta carta parezca contradecirme. Un triunfo, te lo aseguro. Chungalí, chungalí. Nada tiene sentido y ahora tengo esa nada, esa falta absoluta de sentido, eructándome en plena jeta. Estoy preocupado porque no sé hacer otra cosa más que escribir y ya tuve que dejar de beber, y no debería fumar, y... ¿qué cojones hago, entonces? ¿Eh? ¿Qué cojones hago? Ya veremos. A lo mejor esto pasa pero yo en estos dos últimos años, más bien en este último año, he pasado un bache o más bien habría que decir un cráter de los jodidos. No creo que nada pueda ser igual.

[...]

1-VII-1997

[...]

Estoy en curva ascendente estos días, devorando cuatro libros a la semana y escribiendo poemas hasta que me salen por las orejas. Hubo, no sé, nueve meses de sequía poética absoluta, la más larga yo creo que de mi carrera hasta la fecha, y ahora esta diarrea. Ya veremos en qué queda esta espiral de euforia. Luego habrá que bajar. Bajar y subir, ésa es la vida y eso es lo que hay. Subir y bajar. Pero bueno, estoy escribiendo unos poemas realmente extraños, dando rienda suelta a una voz que llevo conmigo desde hace años pero que siempre he silenciado, la voz que aprendí en su día en gente como Vallejo o Cummings (véase al respecto versión libre poema

Cummings en *Días perdidos* p. ej.), una vena quasi experimental, por llamarla de alguna manera, que está dando un súbito giro a mis númenes poéticos y reconduciéndolos por una senda llena de sorpresas y peligros. No sé en qué quedará, tengo un libro de la etapa antigua que despachar todavía, creo que se lo voy a enviar a Munárriz, de Hiperión, a ver qué dice. Se llama *Cinco años de cama* [...]

13-VII-1997

[...] el único secreto de la vida es: VIVIRLA. Para bien o para mal o para regular. VIVIRLA. Optimismo trágico, o pesimismo vitalista. Lee a Nietzsche, tío. Ése sí que sabía. En último término y tras dar más vuelta que un hijoputa buscando un condón roto, siempre acabo volviendo ahí, es la única ética que finalmente puedo aceptar, y no sólo aceptar, sino es que surge ella por sí misma de dentro de mí: NIETZSCHE, tío. Sí a la puta vida, venga lo que venga.

[...]

1-VIII-1997

[...] tengo miedo, pánico, de todo y de no sé muy bien qué, pánico, me gustaría ser un león un tigre un pájaro un delfín una ballena, la última ballena de la tierra surcando mares en dirección a algún jodido sitio mejor que éste si es que fuera posible alguna escapatoria. No la hay. Estamos en el infierno y el infierno son los demás, puerta cerrada como dijo Sartre, PUERTA CERRADA, y el infierno es uno mismo y el infierno está en todas partes [...]

9-IX-1997

[...]

Cinco años de cama nació con mal pie y para colmo deseché sin posibilidad de recuperación unos 20 poemas de ese libro, en un típico arranque de enajenación transitoria, y ahora la ironía, tío, es

que hay poemas en ese libro que son *peores* que muchos de los que tiré a la basura. Ay la puuuucha. En cualquier caso anda ya, el libro, por los 70 poemas, y ahora está dividido en tres partes. Voy a dejarlo crecer y que se consolide como un hueso quebrado, él solito [...]

18-IX-1997

[...] la «terapia epistolar» me ha sacado y me saca a mí también de más de un hoyo. Escribir una carta es una de las mejores formas de sacar la mierda fuera que conozco, y cuando me siento mal me suelo sentir mucho mejor después de escribir una carta. Cuente directamente la mierda en ella o no la cuente, me hace sentirme mejor. Siempre digo quizá por eso que todas mis cartas me las escribo a mí mismo en realidad. En cuanto a si el mundo está bien hecho, ¡claro que está bien hecho! Sólo que hubo un pequeño error, llamado ser humano, que se le fue a la naturaleza de las manos y va a acabar jodiéndolo todo. Yo también le hice un eco a Jorgito Guillén al final del último poema de *Días* y me mantengo en mis treces. (De hecho, hay en mí una corriente vitalista que se desborda por todos los poros de lo que escribo, y que quien no quiera ver será porque tiene los ojos en el culo, pero bueno, me estoy yendo otra vez por la tangente.)

[...] yo mismo he bebido en dichas fuentes [el modo de titular de William Saroyan], de dónde si no *Días perdidos en los transportes públicos*, *Quién no necesita algo en que apoyarse* o *Mi corazón es una casa y bla bla bla* [...]

Lo que más me gusta de Saroyan es que se pone a escribir sin orden ni concierto y desviándose por donde quiera que lo lleve su antojo, hablando y botando y saltando y bailando y viviendo, y que todo lo que escribe es él, pero ese él es a la vez nosotros: un tipo de carne y hueso que te cuenta cómo el mundo le va pasando por delante. Es famosa su frase/definición en la que dice que para escribir lo mejor es «tirarse directamente al río y ponerse a nadar inmediatamente», y eso es exactamente lo que hace, y lo que convierte su obra en ese gran fluido vital y arrollador que es. Es siempre Saroyan, pero es siempre tú, yo, él, y el vecino de enfrente. Saroyan habla por todos los hombres [...] Lo mismo hace, a su manera por supuesto, Buk/Chinaski, y lo mismo hace también

—salvando las enormes distancias de visión del mundo y de estilo— un Josep Pla, que quizá sea, en ese sentido, uno de los escritores españoles más «modernos» de este siglo (la obra de Pla es un gigantesco diario inacabable e inacabado, pero apasionante). En definitiva, a eso precisamente aspiro o he aspirado yo, aunque también me gusta crear lo que Irvine Welsh llama «new imaginative spaces», porque escribir sólo y exclusivamente sobre un mismo, y hacer buena literatura con ello, sin perder el pellejo y sin caer en el confessionalismo barato en el intento, es extremadamente difícil and you have to be a very special kind of person and writer to do it and not every one can, and what's more many people who try to do it only manage to make themselves look like sorry, stupid and incredibly untalented fools in the process. Henry Miller, por ejemplo, nos suelta cinco mil páginas de verborrea barata y autopsicoanalizante sobre sí mismo y lo único que recordamos son un par de polvos más o menos buenos y alguna escena ciertamente desternillante, pero que hubieran cabido en un volumen de 200 páginas máximo. Y eso que Miller no es de los peores. De Buk, sin embargo, a pesar de los polvos y las borracheras y los descalabros aparentemente inacabables, lo recordamos todo, pero no precisamente en sus pequeños y más o menos triviales detalles graciosos que queda bien soltar en la sobremesa cuando ya han servidos los cafés y el camarero se acerca con una bandeja cargada de chupitos, sino como algo ya vivido, como un *continuum* viviente que al final se confunde de tal manera con nuestras propias fibras vitales que llegamos a tener problemas para discernir entre lo que recordamos por haberlo leído y lo que recordamos por haberlo vivido nosotros mismos en carne y hueso. Buk es tan real como esos sueños que citamos como algo que realmente nos pasó. Buk es tan real como nuestra vida misma; y ahí está su fuerza, su poder y su genio. Consta lo obvio. Y lo obvio somos todos.

[...]

12-IV-1998

[...]

El famoso «para qué» me persigue a mí también desde hace ya mucho tiempo, pero a pesar de todo he sacado fuerzas y ánimos de

no sé muy bien dónde y estoy escribiendo otra vez. No han llegado a pasar ni los 6 meses de silencio autoimpuesto de los que habla Saroyan en su relato («No one, not even the greatest writer, can go on being poor hour after hour, year after year. There is such a thing as saying to hell with art...»; y qué bien lo sé yo...) Lo cierto es que para bien o para mal no puedo vivir sin escribir, se me publique o no, me vaya bien o no. Al carajo. Tengo que escribir aunque se esté cayendo a pedazos el mundo, o precisamente por eso, o porque, como también dice Saroyan, sin las palabras no soy absolutamente nada.

[...]

3-VI-1998

[...]

**** me llamó pa decirme que poema «La erótica del poder» [en *Cinco años de cama*] había levantao ampollas, los de la editorial preocupados porque al parecer 25% subvención de Diputación General de Aragón, en manos del PP, y que a ver si podía quitar poema, yo digo que no quito poema y él dice que si con poema no se publica el libro él dimite, al final parece que sangre no llega al río, libro sale con poema, puede que esté para octubre/noviembre. No dijo de qué año pero esperemos que éste. Esto de las susceptibilidades lo llevo sufriendo ya durante años pero me está TOCANDO YA LA POLLÁ. Por otra parte, siempre habrá censura. Vivimos en un mundo censurado, políticamente correcto, y yo –*Egin dixit*– soy el escritor menos PC (politically correct) de la época, en fin... no por empeño propio, te lo puedo asegurar, nunca he pretendido rupturizar nada, es simplemente que soy así, ya de pequeño era incómodo, sonrojaba a los adultos, «por qué cojones estará este niño haciendo siempre esas preguntas embarazosas», y eso es al parecer lo que sigo siendo... El poema es ése, quizá lo recuerdes, en que digo que la maroma del Aznar está follable y que al tipo le viene holgado el traje y el puesto y que quién se pondrá encima cuando follen. Pequeñas menudencias. Jua jua jua. No, si yo lo comprendo; yo soy Aznar y leo ese poema y pido me traigan la polla del tipo en una bandeja PERO YA. Pero jua jua jua, yo tengo suerte, tío, porque yo no soy Aznar!!!! Jua jua jua.

[...]

2-II-1999

[...] Lo único que sí me hace algo –o bastante– de gracia es que llegue este [Pedro Juan] Gutiérrez (que el pobre, por cierto, no tiene la culpa de nada) con su estética «sucia» y todos los cagatintas hispanos se caguen, pero de gusto, patasbajo. Y tienes a gente de lo más *mainstream*, y de lo más instalada en las diversas poltronas del discurso establecido, poniendo por las nubes a este recién llegado del trópico, cuando han estado machacando sin tregua y sin cuartel todo intento «desde dentro» (el mío, por ejemplo, con todos los matices y todas las distancias que se quiera con respecto a autores como Gutiérrez) de poner en circulación discursos similares. Es evidente que si Gutiérrez fuera de Vallecas o de Soria no se iba a jalar un rosco. Y no sólo eso, sino que lo iban a abrasar vivo. En fin, estas ironías son muy cabreadas, pero ya estamos más que acostumbrados a la esquizofrenia nacional. ****, con respecto a esto mismo, y refiriéndose concretamente a Herralde, de Anagrama, habla de una política basada en el concepto de «las putas en la calle y la maruja en casa», lo cual da en el clavo, y si no, échale un vistazo al catálogo de Anagrama: fuera, Bukowski, Carver, Sam Shepard, Iceberg Slim y no se sabe cuántos más marginales de toda especie y condición; dentro, Mariás, Álvaro Pombo, Martínez de Pisón, Martín Gaite y «un largo etcétera» de cagatintas similares... Si eso no es esquizofrenia, que venga, como dicen, Dios de las Alturas y lo vea...

[...] soy el espíritu de la contradicción, y no sólo eso, sino que precisamente una de las cosas que mi obra aspira a reivindicar es la naturaleza contradictoria, de caótica avalancha de sucesos y sensaciones encontrados, que es la vida misma.

[...]

1-VIII-1999

[...]

Actualmente mi mayor aspiración es callarme la boca. Dejar incluso de escribir –algo que rumio desde hace años– sería también

una posibilidad. Supongo que seguiré, más por hábito que otra cosa. Me considero un hombre quemado, hundido, acabado, en todos los sentidos. Ciertos sucesos particularmente dolorosos que han tenido lugar en mi vida en los últimos meses han sido la gota que ha colmado el vaso; me han acabado de pulverizar, total y absolutamente. No volveré ahora sobre ellos. Ya es bastante esfuerzo mantener los recuerdos bajo tierra. Me importa un bledo todo. Me da literalmente igual 8 que 80. Todo se podría resumir en un sencillo verso de Bukowski: «fuck everybody». He querido –supongo que como todos– ser un ser humano. Lo he intentado. Y, supongo también que como le ocurre a todo el mundo, he fracasado. Tengo que conformarme con ser lo que somos todos, en el fondo: pedazos de carne con patas. Puede sonar dramático decir todo esto con 36 años. Muy joven edad para andar declarándose en ruina, para afirmar que «de este agua no beberé». No lo sé. Pero sé al menos algo: que «personalmente, me la suda».

[...]

25-I-2000

[...] estoy leyendo lo último de José María Álvarez. Creo que te he dicho que me gusta mucho ese poeta. El tipo riza el rizo del culturalismo, pero al mismo tiempo tiene una tremenda EMOCIÓN. Emoción que yo no encuentro en ningún otro poeta de su generación. Tiene también la rara virtud del candor, que es algo que yo aprecio mucho en literatura (de ahí que me guste Tolstoi, por ejemplo).

[...]

15-IV-2000

[...] A veces los «grandes» están tan pendientes de su propia grandeza que el mundo pasa de largo junto a ellos y ni se enteran. Cuántos geniales *insights* hay en las páginas de tantos segundones. El grande está demasiado atado a su grandeza, y se pierde muchos de los planos cortos. El plano corto es a veces lo que más importa.

[...]

Yo creo que el problema es el de siempre: sobran libros. Sobran libros por todas partes. Porque, ¿acaso no está también «muerta» la poesía? ¿O me vas a decir que no están muertos 9 de cada 10 –por no decir 10 de cada 10– de los libros de poesía que se publican? ¿Es eso poesía? Y lo mismo se podría decir de cualquier otro género. Date una vuelta por la Casa del Libro. Si empiezas a sacar libros inútiles y a amontonarlos en la calle bloqueas la Gran Vía. El otro día hice una prueba que hago aproximadamente una vez al año: me pasé por la sección de poesía en lengua española. Y como siempre que hago la prueba, salí por un lado muy deprimido, pero por otro muy contento: salí pensando que soy un genio. Lo cual, comparando mis textos con toda aquella basura, es sencilla y literalmente verdad. Mis poemas serán mejores o peores, gustarán más o gustarán menos, pero todos –*todos*– dicen algo. Por poco que sea. Aunque sea contar, en el peor de los casos, un chiste. Pero toda aquella basura no dice absolutamente nada. Nada. Ni siquiera puedes decir si te gusta o no te gusta, PORQUE SENCILLAMENTE NO DICE NADA. No hay Dios que lo lea. NO hay por dónde cogerlo. Es un montón de ceros. Una sucesión de ceros dispuestos en columna. Nada. Y todo el mundo saca su librito. Colecciones para todos los gustos; para dar y tomar (por culo). Es patético. El Ayuntamiento más insignificante del país tiene su premiequito, su coleccióncita de poesía. Y la avalancha no cesa. Toda esa pandilla de inútiles la tiene tomada con los árboles. Ediciones a todo lujo, de todas las clases, formas, tipos y colores. Foto y currículum en solapa de cubierta. Caras tan vacías como lo que escriben. Pedazos de carne persiguiendo la inmortalidad. Persiguiendo que los quieran. Todos perseguimos algo, ¿no es así? Todos perseguimos algo...

[...]

21-XII-2000

[...]

Qué demonios.– Es evidente que el mundo está regido por el demonio. Pero no, como muchos creen, por el del mal, sino por otro infinitamente peor: el de la estupidez.

[...]

3-I-2001

[...]

He estado pensando que llevo 20 años devanándome los sesos en busca de una respuesta que *ya tenía antes de empezar*, y que por otra parte está plasmada con pelos y señales en toda mi obra: la *VIDA*, tío. La vida. Inmersión total en la vida, hasta las heces. Lo bueno y lo malo. Arriba y abajo. Inhalación y exhalación. La cresta de la ola y el pozo negro de la desesperación. Todo. El *Sí nietzscheano* con armas y bagaje. Hay que volver al camino, y no existe otro: vivir la puta vida. La pura vida. Está dicho en un fragmento de *Guerra* que cita Ostrowski como pasaje clave en su miniestudio del cuadernillo zaragozano. Ahí está todo, en un párrafo. Ahí está todo, y ahí es donde voy a regresar. Al camino que en realidad nunca he abandonado. Al único camino posible. Para mí. Estoy cansado de debilidades y lloriqueos. Yo nunca he lloriqueado. He aullado, he berreado, me he tirado de los pelos, he echado espumarajos por la boca, pero nunca he lloriqueado. Nunca he sido una maricona de apretón fofo de manos, y no tengo la intención de empezar a serlo ahora. Y he estado a punto. He estado a punto de hundirme al nivel de una costurera. Pero no. Se acabó. «Portarse como un hombre» podrá ser una frase tópica y odiosa, pero encierra su buena dosis de verdad. Llorar, sí. Lloriquear, no. ¿La muerte? Que venga a por mí, la hija de la gran puta. Aquí estoy, esperándola. Moriré con las botas puestas. A *tumba abierta*. Y sí: con dos cojones. Como un hombre. Jamás podrá nadie conmigo, si no puedo yo. Jamás.

[...]

7-II-2001

[...]

Las cartas revelan mejor que ninguna otra cosa, mejor que la poesía incluso, toda nuestra configuración psicológica. Son un auténtico género. Quizá sean el género literario más puro, más genuinamente *literario*. Yo siempre digo que se puede ver hasta qué punto alguien es realmente *escritor* por sus cartas. En la mayoría de

los casos, el escritor no existe. Todo es un cuento chino. Un verdadero escritor no puede vivir sin escribir cartas, y es incapaz de escribir una carta corta. En cuanto quiere darse cuenta, ha llenado tres folios y no ha hecho más que mojarse los labios. Casi todos los grandes creadores han sido compulsivos escritores de cartas hasta el final de sus días. Han seguido con ellas incluso cuando habían abandonado todo lo demás. La carta es el vehículo literario puro: no hay recompensa, a excepción de la carta que nos devuelve nuestro corresponsal. Me refiero a la recompensa material, al gusanillo de la exposición al público lector. Las cartas son un esfuerzo totalmente gratuito, hecho por y para uno, hecho por verdadero *amor al arte*, por grafomanía, por pura devoción a las palabras y a las ideas. La verdadera recompensa de una carta es la carta misma; es decir, que se cumple en ella lo que se debería cumplir en cualquier cosa que escriba un escritor. De ahí que revele también la existencia o inexistencia misma del escritor. Alguien que confiese ser demasiado vago o estar demasiado ocupado para escribir cartas es cualquier cosa menos un escritor. Un escritor de verdad necesita las cartas como el aire que respira.

[...]

La ataraxia debería ser lo más fácil del mundo de poner en práctica. Sabemos que todo es inútil, que nada tiene sentido, o que a efectos prácticos, que son lo único que importa, es como si no lo tuviera. Y seguimos mareando la maldita perdiz de nuestras obsesiones. Supongo que sin ellas no seríamos nosotros mismos. Nuestras angustias, nuestra desesperación, son lo que nos define como individuos. La alegría es algo más abstracto; podemos renunciar a ella sin sentirnos *venidos a menos*. Pero las angustias nos definen. Somos nuestra angustia. Si renunciamos al dolor, sentimos que nos agilipollamos. Es una trampa, por supuesto, que nos viene, como casi todas las demás cosas chungas, de la fatal herencia romántica. En el campo literario o artístico al menos. Quién pudiera ser un Bach. Vivir y crear desde la serenidad más absoluta, a mayor gloria de Dios y de los hombres. Todo eso se ha acabado. ¿Por qué no es posible sustituir tranquilamente a Dios por la Nada? Y la palabra clave ahí es *tranquilamente*. El vacío debería poder convertirse en un calmante, en lugar de generar angustia. Quien lo ha perdido todo no puede perder ya nada.

Recuerdo ahora mismo un poema de *Arde Babilonia*, titulado «Eterno retorno», que habla un poco de eso, o lo intenta. No somos nunca el mismo hombre; somos un montón de hombres distintos, incluso a lo largo de una misma jornada. Lo cual me hace desembocar en la noción de contradicción, y en un aforismo que escribí anoche mismo:

Contradicción.— Todo es contradicción. Es decir: nada lo es.

[...]

23-II-2001

[...]

El libro de **** lo leí hace poco. [...] Sus contenidos son a ratos buenos; hay poemas salvables y algunos poemas bastante decentes en ese volumen. A **** lo que le falta, sin embargo, es lo que a casi todos los poetas al uso: *pathos*, sentimiento, fuerza, abismo, tensión dramática, y en último término *acción*. Sus poemas son textos correctos, escritos por un buen observador que maneja con cierta soltura el idioma. Lo cual no es poco, pero al mismo tiempo no es nada, y además lo habitual. En realidad, si te fijas no ya en el ahora mismo de la literatura, sino que vuelves la vista atrás sobre los siglos, te das cuenta de que hay bastantes pocos auténticos poetas, bastantes pocos creadores de verdad. Si nos centramos en la tradición hispana, la cosa comenzaría con Manrique. Hay gente que habla también de Garcilaso, pero a mí Garcilaso no me gusta. Luego está Fray Luis de León, un plagiario con cierta profundidad. Y san Juan de la Cruz, supongo. Pero no voy a seguir, porque tampoco quiero trazar aquí una historia abreviada de la poesía española. Los nombres que más rápidamente se me vienen a la cabeza cuando pienso en la poesía española son Manrique, Rubén Darío, Pablo Neruda, Vallejo, Miguel Hernández, el Blas de Otero de *Ancia*, Félix Grande. Unos cuantos más que sin duda se me olvidan. Pero ésos son los que acuden de momento y en súbita tromba mixta a mi mente. Supongo que eso querrá decir algo, y dirá bastante sobre mi canon. Lo demás debe de ser material de relleno. Pequeños abollones que se alisaron enseguida, como dice Bukowski. Los de verdad, los que cuentan, son los que le partieron a uno el chasis.

[...]

De esas cosas, del devenir y del hombre como «proyecto» hablaba fundamentalmente el primer Sartre [...] Y me estoy dando cuenta de lo mucho que Sartre me aportó, por mal que lo leyera en su día y por mucho que hubiera creído olvidar lo que llegué a asimilar de él. Todo ese concepto de la libertad del primer Sartre. Toda esa rebeldía, ese nihilismo, ese fundamental anarquismo filosófico, esa lucha permanente contra lo que él definía como los «cabrones» de toda especie y condición, y ese demoledor antihumanismo, que están en la raíz de su más auténtica y mejor filosofía. [...] Cuidado con Sartre, porque el tipo es clave. Ahora veo por qué me apasionó tanto en la adolescencia. Aunque más que llegar a conocerle con un mínimo de rigor, lo intuía, en aquella época. Ahora estoy viendo que mi intuición fue correcta. Y luego vuelvo la vista sobre mi propia obra, y resulta que me encuentro con Sartre a cada paso, cuando en su día, al escribir todos esos libros, nunca me acordé conscientemente de él. ¿Qué es *El índice de Dios*, si no es un libro sartriano? Hay incluso en él un brevísimo pasaje en el que llego a comentar que «todos somos hijos de nuestros actos», lo cual es Sartre en estado puro. Y luego la constante reivindicación de la contradicción, que recorre todos mis libros, y también de la rebeldía permanente, y de la vida como proceso de «autodemolición». Mi permanente huida hacia delante.

[...]

14-III-2001

[...]

Mi desánimo no es desánimo, es eso que a los marxistas les gusta tanto (aunque no he conocido a un solo marxista que lo pratique): autocritica. Uno mira hacia atrás, relee –fatal error– lo que ha escrito, y se le cae un poco el alma a los pies. Pero para eso está la próxima línea, el próximo maldito párrafo, el próximo libro, inhalación, exhalación, sangre sudor y lágrimas, jadeante huida hacia delante, proyecto en marcha, edificio demolido y vuelto a levantar, cámara, movimiento, ACCIÓN y hasta que la tumba nos detenga. La lucha. Vamos allá. Vamos allá.

[...]

3-VII-2001

[...] no sé ya a quién odio. Antes mis odios estaban claros. No sé si esto es síntoma de mi progreso hacia la santidad o la gilipollez. Puede que simplemente haya perdido los papeles. Bueno, de hecho los papeles los he perdido.

30-VII-2001

[...]

Pensar... es malo para la salud, *sobre todo cuando no se puede hacer gran cosa.*

[...]

La realidad no existe; existe la opinión.

[...]

Los periodistas muestran su estupor ante el hecho de que una joven pareja de terroristas, uno de los cuales –una chica de 20 años de edad– estalló literalmente en pedazos mientras preparaba hace poco una bomba que tenían pensado colocar en algún sitio que podría haber matado a decenas de personas, fuera calificada por vecinos y conocidos como «dos chicos enamorados y de lo más normales, de conducta ejemplar». Y parece que a todo el mundo esto le horroriza doblemente. ¿Cómo es posible semejante nivel de desconocimiento del alma humana, de sus insondables intersticios de oscuridad y perversidad? Adolf Hitler era un héroe de la I guerra mundial. Y Eva Braum lo quería tanto que se suicidó por él.

[...]

No es infrecuente encontrarse con elogios críticos de obras supuestamente «objetivas», en las que la visión del autor, se nos dice, está ausente; obras en las que se alaba la inexistencia de «juicios subjetivos» sobre el asunto narrado. Casi parece absurdo verse en la necesidad de señalar que la objetividad, en arte como en cualquier otra cosa, no existe. Un arte que de alguna manera no sea subjetivo es un arte, en el mejor de los casos, emasculado; en el peor, muerto. Una literatura sin «juicio» no es literatura. Hasta las fotografías tienen «perspectiva»; y hablo de perspectiva moral. Otra cosa, por

supuesto, es que nos guste o nos disguste la perspectiva del artista en cuestión; que estemos o no de acuerdo con ella.

24-X-2001

[...]

Y bueno, las cosas se han acabado quedando en blanco no sólo metafóricamente, sino en el sentido literal: en mi última crisis, todavía bastante reciente, dejé más limpio que una patena el disco duro de este ordenador. Y luego borré también todas las copias de seguridad en disquete. A tomar por el culo los 20 ó 30 poemas que tenía archivados, y el libro de ensayo «Escrito con la lengua», que tenía ya muy avanzado y del que estaba particularmente contento, y el macrolibro «Siéntate y escribe», esa mezcla de autobiografía, memoria espiritual, ensayo y novela de la que creo que te hablé, y que estaba definitivamente, y magníficamente, encarrilada. A la puta mierda todo. Claro, a los pocos días me di cuenta de la magnitud de la desgracia, y me maldije amargamente, pero eso no ha servido para rescatar nada del ciberespacio exterior. Lo que más me jode es lo de «Escrito con la lengua», porque era un libro ya muy sólido, muy bien trabajado, de aforismos perfectamente ensamblados, y con el que estaba justificadamente muy contento. Yo creo que habría ya por lo menos la tercera parte de un volumen en condiciones. Pero ahora todo se ha quedado en nada.

De modo que vuelta a empezar. De alguna manera, quizá hasta sea bueno todo esto. Quizá es que TENÍA que hacer auténtico borrón y cuenta nueva en el más literal de los sentidos. Quizá es que para renacer de verdad de mis cenizas tenía que autoinmolarme primero, y llevarme a la pira toda la parafernalia circundante. No lo sé. Pero creo que el día de la hoguera virtual fue quizá el punto más bajo, y puede que el punto de inflexión. Me lo he tenido que cuestionar todo, absolutamente todo, para poder llegar a una mínima tentativa de respuesta, que como siempre se reduce a volver a empezar. Eso es al fin y al cabo lo que hacemos todos los días. Como decía el viejo Buk, en tiempos de crisis llega un momento en que tienes que cortar por lo sano, contar tus muertos, reorganizar las fuerzas que te queden y prepararte para una nueva ofensiva. Y digamos que en eso estoy. Estaba tan mal que ya no era capaz de escribir, o mejor dicho me daba por culo todo lo que intentaba escribir, al margen de que

estuviera bien o mal, y quizá ahora me haga falta una temporada en dique seco, en dique seco voluntario, para acabar de reorganizarme. Voy a aprovechar esta temporada para volver al viejo proyecto de edición de mi propia correspondencia, que no se sabe gracias a qué milagro se salvó de la quema informática. Por descuido, sin duda, porque cuando armé el desaguisado yo iba a por todo, quería borrar hasta el último rastro de mis archivos, pero se me pasaron los disquetes con la correspondencia acumulada de estos últimos 12 años. ¿Otra señal? ¿No me acordé de borrarlos porque NO ESTABA ESCRITO que tenía que borrarlos? No lo sé. Lo único que sé es que sobrevivieron, y que voy a aprovechar ahora para retomar ese viejo proyecto de preparar mi correspondencia. Eso me matará el gusanillo sin exigir que me enfrasque en obra de nueva creación. Parece una solución ideal, hasta que vaya curando ya definitivamente mis heridas y engrase la máquina otra vez y me ponga en plena forma una vez más.

[...]

28-X-2001

[...] Hace ya días que decidí volver a mi política de toda la vida de no leer periódicos ni ver la televisión, ni escuchar la radio hablada. [...] Sólo que ayer sí miré el periódico. [...] pillé un ejemplar de *El País* de encima de un velador, para echarle un vistazo rápido al «Babelia». Y me llevé la agradable sorpresa de ver que había salido una reseña de mi libro *El arte en la era del consumo*. Firmada por Manuel Rico. Yo le había enviado el libro a voleo, sin ninguna esperanza especial. Lo envié a un montón de gente. Y hete aquí que me saca una reseña. La reseña en sí no era nada del otro mundo, pero era relativamente extensa, e incluía foto. La titulaba «Al borde del nihilismo». Quizá hubiera estado mejor «Al borde de un ataque de nervios», pero supongo que eso ya está muy visto. Al margen de que no sé de qué coño de borde habla. Yo no estoy al borde, ni del nihilismo ni de nada. Estoy smack and dead centre in the pile of shit. Como todos. No te jode. Luego uno constata lo de siempre: lo que a mí me parece más o menos normal, el pan nuestro de cada día por así decirlo, a ellos les parece el súmmum del radicalismo incendiario y negador. Estos pollos se asustan de verdad con lo que escribo. Les

parece real y literalmente «tremendo». Dicen que «no dejo puerta alguna abierta a la esperanza». ¿Qué puerta? ¿Qué esperanza? Pero si por no haber, ¡no hay ni quicios! ¿Qué coño de puerta? Si la premisa básica, fundamental, el punto de partida de cualquier persona inteligente que se haya parado a analizar la realidad, es precisamente ése: NO HAY NINGÚN SITIO ADONDE IR. Pero ¿será realmente posible que sigan creyendo en líneas de salida y de llegada? ¿Será realmente posible que aún pretendan DECIR ALGO? NO HAY NADA QUE DECIR. NADA QUE HACER. NADA QUE DESCUBRIR. Ése es el descubrimiento. Y es el primero y el más fundamental de todos. Y ésa es, también, la puta manzana de la discordia de todo este asunto. [...]

Se me preguntará que si no hay nada que hacer ni que decir, por qué pierdo yo el tiempo escribiendo libros. A lo cual yo sólo puedo contestar que se trata de un buena pregunta, cuya respuesta desconozco. Y que me suda la polla en cualquier caso. Que se vayan con sus preguntitas a interrogar al coño de la bernarda. Yo tengo trabajo serio que hacer.

[...]

20-XI-2001

[...] Estoy otra vez escribiendo viento en popa a toda vela. Retomé el proyecto de «libro total», y no sé lo que saldrá de ahí, si es que finalmente sale algo, pero como salga va a ser un cagadón sideral atascado que se van a fundir los plomos del limbo. Lobo dixit. Veremos qué dice el tiempo. Diga lo que diga, me la suda; estoy recuperando la forma otra vez. Lo noto. El milagro, por otra parte, es escribir. Que le den por culo a todo lo demás, a lo que digan y dejen de decir, a los bombos y platillos del falso reconocimiento literario, al barullo vacío del mundo [...] Repito: el milagro es escribir. La salvación está, como dijo Buk, en cada nueva línea. Ahí es donde renacemos y donde respiramos, o dejamos de respirar. Ésa es la gloria. Y aunque uno muera sin que lo conozca ni el gato, da igual: la gloria se la lleva con él, porque la gloria no depende más que de uno. La gloria soy yo. La gloria es el próximo maldito párrafo. Dentro y fuera. Arriba y abajo. Inhalar y exhalar.

Se me está yendo la chola. El caso es que, no sé si te lo dije, estoy haciendo una colaboración mensual en «Quimera». [...] Esos artículos van a ser el arranque de un viejo proyecto mío de libro de ensayos a la anglosajona. Ya sabes, el concepto de “essay” inglés: breves textos de tres o cuatro páginas sobre lo divino y humano, limpios de pedantería y pajas mentales. Filosofía literaria a nivel de calle y nivel popular, y por otra parte y por supuesto «made in Wolfe», claro está. Voy a usar las colaboraciones como piedra de afilar y canal para ponerme en vereda otra vez. Al margen de que no está mal que vean la firma y la foto de uno por ahí una vez al mes. Lo importante es que lo que uno hace llegue, y para ello hay que utilizar todas las armas que uno tenga a su alcance; hasta –y puede que sobre todo– las del enemigo. Dándole por el culo sin que se dé ni cuenta. Sólo que ahora tengo 40 tacos en lugar de 20 y ya he aprendido alguna cosa. Puede que hasta un par de cosas. La obra debe estar por encima del bien y del mal. Su autor también. Un verdadero creador vive hacia dentro, y no conjura más que consigo mismo. Él y Yo sabemos lo que hacemos. Él y Yo. Él y Yo...

Luego me ha llamado Manuel Rodríguez Rivero, que era quien estaba de director literario en Espasa cuando me publicaron *El índice de Dios*, y que de hecho fue el responsable de que esa novela llegara a ver la luz. El caso es que ahora está relacionado con un tinglado llamado Punto de Lectura, que saca paperbacks de venta masiva que se suelen ver en grandes superficies y macrolibrerías y VIPS, pero que también saca cosas como las «Memorias íntimas» de Simenon, que salieron ahí hará un año en dos volúmenes, y de las que creo que en su día te hablé (son cojonudas), y en fin, que me ofrece reflotar *El índice* en esa colección, con su verdadero título de *Dios es un perro que nos mira* y un breve prólogo firmado por mí explicando toda esa movida, y el caso es que he llamado a Espasa para ver si me liberan de ataduras editoriales –firmé en su día, en 1993, un contrato de 10 años para esa novela con ellos–, y resulta que he hablado con **** y me ha dicho que no hay problema, la novela en cualquier caso estaba saldada, me van a enviar una carta liberándome formalmente de mi obligación para con Espasa, lo cual significa que podré darle la novela a Rivero para Punto de Lectura, y reeditarla ahí en las condiciones mencionadas, además de que igual me sueltan unos cuantos cientos de miles de pesetas que me vendrán muy bien. O sea que. [...]

27-XI-2001

[...] A veces es un coñazo esto de tener dos idiomas operativos. Me sucede muchas veces que se me ocurren cosas cojonudas en inglés, pero que luego cojean en español. Y lo cierto es que yo escribiendo en inglés no voy a ninguna parte. Quiero decir que lo que no escriba en español, a estas alturas de la comedia, es mejor que ni lo escriba. Después de lo que me ha costado hacerme un nombre como escritor en español, intentar ahora escribir y publicar en inglés sería una locura. Porque aunque fuera eso lo que deseara, ya no me quedarían –literalmente– suficientes años de vida como para conseguirlo.

[...] Parece ser que se empieza a perfilar una especie de patrón de fluctuación emocional crónica: me da el subidón, me pongo a escribir como un loco, me da luego el bajón, lo borro todo. Y luego una crisis de unas semanas, y luego el subidón otra vez, y a escribir mientras dure la euforia, y luego de nuevo el hundimiento, y otra vez borrón y vuelta a empezar.

Lo cierto es que si acabo borrando lo que escribo es porque no me convence. Hay algo que sencillamente no encaja. Hay algo que ha dejado de encajar. No es que lo escrito esté particularmente mal. A veces es incluso bueno. Pero no me encaja. No sé qué demonios pasa. No sé si es el famoso «para qué». Pero hay algo que no encaja. Hay algo que no encaja, dentro de mí. La verdad del asunto es que después de lo que me pasó [...] ya no soy el mismo hombre. Algo se ha roto dentro de mí y no parece querer arreglarse. Algo se ha roto dentro de mí. Es como si estuviera abrazado a un socavón. La cosa mejora, voy viviendo, voy funcionando, pero no termino de recuperarme, de volver a ser el que era. Tapo el maldito agujero, y en cuanto le doy la espalda el agujero se vuelve a abrir. Empiezo a sospechar –lo sospecho desde hace meses– que nunca volveré a ser el que era. Estas cosas acaban estableciendo un antes y un después.

También es cierto que borrar 8.000 palabras no supone, para mí, un problema tan gordo. No estoy bloqueado. No es eso. Yo no sé lo que es el famoso «bloqueo del escritor». Si borro 8.000 palabras, las vuelvo a escribir otra vez. Ocho mil y las que hagan falta. Pero el asunto me desgasta. Y son horas de trabajo perdidas. Al margen de que sí hay algunas cosas que ya no me resulta tan fácil reescribir. Me

refiero concretamente a los aforismos. Jamás me perdonaré haber borrado lo que tenía escrito de ese libro de fragmentos del que te había hablado en varias ocasiones, «Escrito con la lengua». Eso sí que ya no se recupera. Por lo menos, no tan fácilmente. Menos mal que lo que llevaba escrito de otro nuevo cuaderno de notas que empecé después de destruir «Escrito con la lengua» (y que de momento se titula «Repetirse o morir») no lo he borrado esta última vez. En fin. No me sorprendería nada que te hubieras perdido ya, con tanta subida y bajada y tanta operación de redacción y borrado y tanto cuento chino. La cosa es un poco triste, y bastante ridícula. Pero qué le voy a hacer. Repetirme o morir, supongo...

[...]

1-XII-2001

[...] Ayer escribí un breve poema que me gusta mucho y que resume mi actual estado emocional:

SIÉNTATE Y ESPERA

Volver a los inicios.
Volver a escribir algún poema
cuando algún poema venga,
y nada más.
Leer, quizás, un poco.
Pasear.
Mirar por la ventana.
Fumar.
Ensimismarse.
Volver a los inicios.
Sentarse. Sentarse
y esperar.

Creo que quizá eso sea lo mejor. Así es como era antes. Uno escribía algún poema, cuando algún poema le venía. Y leía. Y poco más. Luego vino el hábito, el vicio, la mierda. El afán de no sé qué. ¿El afán de qué? Si con un poema cada seis meses ya hasta sobra. Si con ser, sin decir ni media, ya sobra. Me queda un libro definitivo

dentro, que posiblemente sería buena idea sacar en varios volúmenes: mis memorias. Alguien dijo que nadie debería escribirlas hasta pasados los 40 como mínimo. No sé qué haré. Igual espero a 2002 y me pongo, poco a poco, sin prisas, buscando el estilo más diáfano e impersonal posible. Hay para cuatro o cinco volúmenes medianos, si me meto a fondo en faena. Me gustaría hablar largo y tendido de mi madre. De mi infancia en Alicante. De «estos días azules y este sol de la infancia...». Escribir sobre la infancia es un coñazo, ya lo sé. Pero podría intentarse. Y luego la adolescencia, puede dar mucho juego. Y luego seguir hasta los 36, más o menos. Yo a partir de los 36 me callo; creo que voy a acabar callándome en el sentido más literal de la palabra... $3 + 6 = 9$. Nueve es mi número. Fatídico número en un año fatídico cuyos dígitos también suman nueve: 1999. Sábado: no hay casualidades y bla bla bla. La cábala. Coñas marineras, pero bueno. En 1999 me hice viejo de la noche a la mañana. En 1999 me desmoroné. Quizá la cosa es que no esté preparado para el siglo XXI. A veces creo que nací demasiado tarde. Éste no acaba de ser mi tiempo.

[...]

7-XII-2001

[...] tengo ahora mismo tantas cosas en la cabeza que no sé por dónde empezar. Los proyectos crecen y se multiplican de nuevo como hongos alrededor de mí. Vuelvo a ser presa del «síndrome Quijano», pero en plan bien. No sé si me explico. No doy abasto para encarrilar ideas y palabras. He hecho borrón y cuenta nueva con el libro de aforismos que había vuelto a empezar (y que como te dije titulaba «Repetirse o morir») y me he metido de lleno en otro nuevo, más combativo y humorístico. Se titula «*Non compos mentis*». Es una especie de vuelta a «Monos» y «Guerra», pero con textos más tensos y apretados, más ordenados, más maduros, más auténticamente dueños de sí mismos, y prescindiendo un poco de los aspavientos. La cosa va que arde, tío. En pocos días he llenado páginas y páginas del cuaderno correspondiente. Y he acabado como nunca pensé que iba a acabar: andando por ahí con una libretita en el bolsillo, y apuntando en todas partes –en el metro, en el autobús, hasta en el puto cine– el aluvión de ideas y pensamientos que se me

viene a la chola. Cosa que, como a Bukowski, siempre me había parecido una gilipollez. Pero a la fuerza ahorcan. También eso refleja de alguna manera los cambios en mi operativa vital de los últimos tiempos. Me paso más tiempo fuera de casa que dentro, viajando constantemente, cambiando continuamente de rutina, de horario y de lugar. De modo que quizás era la solución inevitable, volver a la escritura a mano y convertir, como dicen, las aparentes limitaciones en ventajas. No sé cómo no me había dado cuenta antes: se trata de volver a hábitos de escritura literalmente peripatéticos. *I am on the wing*, que decía Maugham. Y al vuelo es como tengo que escribir. La cosa requiere ajustes, y un pequeño cambio de mentalidad. Pero una vez que lo consigues, te preguntas por qué no lo hiciste antes. Yo ya no puedo aspirar a estar cómodamente sentado delante de mi ordenador de sobremesa, en mi zulo, entre mis cuatro paredes, en reclusión monacal. Como no escriba a vuelapluma no voy a poder escribir. Estoy, yo también, «globalizado»: hoy aquí, mañana allí, y al día siguiente en Dios sabe dónde. Se acabó lo cómodo, lo fácil, hasta para eso. También nosotros somos, como escritores, «global players». Hay que cazar la palabra al vuelo o joderse. Todo esto no significa que luego en casa uno no se pueda sentar. De hecho, así es como sigo mayormente escribiendo: sentado en casa (sólo que a mano y en un cuaderno). Pero mi actitud es otra. Ya no exijo silencio sepulcral, ni total y absoluta tranquilidad, ni que el teléfono deje de sonar y el mundo deje de dar la barrila. Todo eso no era en gran medida más que pose, en cualquier caso. Un escritor de verdad debe poder escribir donde sea y como sea, y lo demás son cuentos chinos. Y yo siempre he sabido que soy capaz de escribir en las condiciones que sea. Y eso es aplicable también al estado mental. Ni depresiones ni pollas. Lo que hay que hacer es dejarse de cuentos chinos y escribir, porque la escritura no conoce barreras ni obstáculos; cuando quiera salir, saldrá. Y vaya que si sale. No puedo luchar contra los bajones, eso lo he descubierto. Pero sí puedo decirles que se vayan a paseo. Que vengan; no por ello voy a dejar yo de escribir. Y si hace falta pararme y paralizar toda actividad –incluida, por supuesto y sobre todo, la de tirar textos escritos a la basura– hasta que pase lo peor, pues se hace. Todo tiene que ver con conocerse verdaderamente a uno mismo, y saber manejarse como quien se maneja con un adversario que lo quiere joder. Yo he empezado a ver claro mi patrón emocional de los últimos tiempos, y ya no puede

pillarme por sorpresa. Lo que hago ahora es derivar con la corriente; surfear la ola. No dejarme enterrar por ella.

He vuelto también a mi proyecto de «libro total», y ésa es otra cosa que va viento en popa. Se va a titular, yo creo que definitivamente, «Siéntate y escribe». Arranca con una cita del Evangelio, sobre la resurrección de Lázaro. Muy indicado. Voy a meter en ese libro todo lo que me salga de las narices; a poner absolutamente toda la carne en el asador. Puede, no lo sé, que acabe convirtiéndose en un tocho de proporciones faraónicas. Tanto mejor. Va a ser la polla. La puta hostia en verso, como lo cuadre mínimamente bien. Y todo, jua jua jua, con esta manita derecha mía, que tanto gozo me ha proporcionado hasta la fecha y que por lo visto en el futuro me va a proporcionar todavía más.

Pero es que los proyectos no acaban ahí. Se agolpan como ratas huyendo de una subida de aguas. Estoy que me desbordo. Algunas cosas son ideas antiguas; otras, no tanto. Aparte de «Non compos mentis» y «Siéntate y escribe», está un potencial libro de poesía en verso, que probablemente irá despacio, porque últimamente casi no llegan poemas, pero que ya tiene también título, con lo cual media batalla está ganada: «Siéntate y espera» (el título del poema que te envié el otro día). Luego tengo la idea de seguir con una serie de piezas en prosa como la que también te envié el otro día (la que te dije que había escrito en León), que creo que con el tiempo se podría convertir en un libro de poemas en prosa, que es quizá una de mis ambiciones más antiguas, porque ya desde que hace 20 años leí el *Ocnos* de Cernuda y los *Pequeños poemas en prosa* de Baudelaire he querido hacer algo parecido. Lo que pasa es que posiblemente no hay género más jodido que el poema en prosa. Parece increíble, pero es así. Cuadrar un poema en prosa te puede sacar sudores fríos. En parte el problema tiene que ver con que no cuentas con el bastidor de soporte del verso; los versos configuran, en un poema normal, su propio código y su propia estructura, y hacen avanzar a veces por sí mismo el poema. La configuración versal es como un segundo lenguaje del poema, y así sucede que puede darle consistencia y empaque a una aparente chorrrada, que puesta en prosa se caería de las manos. Cuando no tienes el bastidor de la disposición versal, la cosa cambia, y mucho. Puedes caer en la falacia patética con mucha mayor facilidad, y te falta ese elemento de fuerza añadida fundamental que confiere el verso. Y además estás

pillado entre dos fuegos, porque lo que estás escribiendo no acaba de ser ni prosa ni poesía, sino precisamente una mezcla de ambas cosas. Es terriblemente difícil escribir un poema en prosa que de hecho funcione al 100% como tal, y dé resultado en la página. Pero bueno. En ello estamos.

Sigamos. La siguiente cosa es recuperar el proyecto de mis «cartas reunidas», que como creo que ya te dije en su momento se va a titular «Las cartas boca arriba». Un trabajo de chinos, pero me voy a poner con él. Sólo que he decidido prescindir de notas a pie de página y excesivas explicaciones. Lo que voy a hacer es un “editing” directo y desnudo de los fragmentos más suculentos, sin añadir explicaciones ni pistas biográficas. Eso me facilitará muchísimo el trabajo y además me ayudará a no caer en un excesivo ombliguismo que acabe queriendo fustigar al lector con detalles mayormente irrelevantes. Hará también más fácil la criba, e impedirá el vicio, tan terrible, de querer meterlo todo a toda costa. Facilitará la labor de selección, que tiene que ser rápida y estar basada en cortes limpios, de modo que se conserven los fragmentos con espontaneidad y fluidez, creando un gran mosaico literariobiográfico que se pueda leer casi como un libro de aforismos. Ésa es la idea.

Luego está lo que ya te comenté de reunir mis cuentos e intentar endosárselos a Espasa o a quien sea. Eso también va a llevar su tiempo, porque en mi furia destructora de hace unas semanas borré los disquetes en los que tenía todos los cuentos que he escrito en su correspondiente soporte informático. O sea, que voy a tener que volver a picarlos todos otra vez. Habrá, nuevamente, que mirar el lado bueno de la cuestión: el trabajo, aunque ingente, me permitirá pulir, limar y corregir. [...]

En fin. Por si todo esto fuera poco, empieza a rondarme por la cabeza la idea de una obra de teatro, que es algo con lo que también he soñado siempre. El caso es que estos días me relajo viendo programas basura en la televisión –que dicho sea de paso son una auténtica mina para un escritor– y de repente, una buena noche, viendo el desmadre de «Crónicas marcianas», se me ocurrió que tendría que ser posible hacer una obra de teatro basada en el mundo de la telebasura. Las posibilidades para el esperpento, la crítica y el humor son inimaginables. El filón de mierda es tan generoso que casi uno no sabría ni por dónde demonios empezar. No sé si se habrá hecho ya; sí sé que en cine se han hecho películas sobre ello. Pero no

sé si en teatro es así. Hablo de teatro literario tradicional, que es el único que me interesa (la basura tipo «Fura dels Baus» no me interesa lo más mínimo). El caso es que yo ya hice un ensayo de parodia televisiva en *Dios es un perro que nos mira*, en el pasaje ese del profesor De la Parra, que sale a sentar cátedra sobre el terrorismo y los asesinos en serie. Sería cuestión de entrarle al asunto por ahí, e ir agrandando el hueco. Mi problema fundamental –y esto es algo ya viejo– es que mi experiencia teatral es nula. Ni siquiera he sido nunca un gran espectador ni lector de teatro. Y, claro, la técnica es muy importante, como sabemos. De alguna manera, tengo que aprender. Le estoy dando vueltas. Veremos si llega a cuajar algo.

Te podrás imaginar que con tantas cosas en la cabeza ando loco, con el cerebro estrujado. Pero lo estoy viviendo con ímpetu, con ánimos, con ganas de comerme el coño mismo de las musas. Me noto fuerte otra vez; pero es una fuerza ya distinta de la de *Monos*. Pero es que tampoco se trata ya de eso. Se trata de ser uno mismo en todo momento, y ser no sólo un hijo del tiempo de uno, sino de su edad, en el sentido cronológico de la palabra. Y, como te he dicho más arriba, de surfear la ola y capear el temporal, venga lo que venga. Seguir dándole al asunto hasta reventar. Ya lo he dicho tantas veces que casi me produce indigestión mental, pero no podemos hacer otra cosa.

[...]

13-XII-2001

[...] he escrito montones de poemas a mano, y muchísimos fragmentos tanto de *Monos* como de *Guerra*, y de *Oigo girar los motores de la muerte*, se escribieron a mano y en los lugares más insospechados (de hecho, si me pongo a pensar, son más las partes de esos libros las que fueron escritas a mano que las que fueron escritas a ordenador). Otra cosa es escribir *Fuera del tiempo y de la vida* en la parada del autobús. No lo veo. Sí, Faulkner escribió *Mientras agonizo* –que no he leído– en una central térmica si no me equivoco, mientras trabajaba alimentando la caldera de carbón (ésa era la versión que yo conocía; puede que fuera en una mina, no lo sé). De todas formas, la prosa narrativa es jodida. No imagino que *Guerra y paz* se hubiera podido escribir en una mina. Entre otras cosas, porque

Tolstói tuvo que hacer una enorme labor de documentación para esa novela. En fin, cada caso puede que sea un poco diferente. Yo he visto, en mis intentos de seguir a mano con el «libro total» del que te hablé, que no es tan fácil. Hacerse, se puede hacer. Todo en esta vida se puede hacer. Pero he regresado al ordenador, porque aunque en los momentos buenos, a mano, la cosa fluía echando humo como en cualquier sesión de trabajo a ordenador, los atascos eran más jodidos de manejar, porque acababa con unos tacos de garabatos que se iban hipertrofiando y cubriendo el papel de mierda finalmente ilegible y todo ello acababa poniéndome muy nervioso y haciéndome perder el hilo de mis pensamientos, y había cosas que se me escapaban de la chola para no volver. Y sobre todo porque yo necesito, literal y físicamente, VELOCIDAD. Necesito velocidad. Necesito el tacatá de las teclas. Tengo además, como sabes, el cerebro muy voluble y NO PUEDO PERMITIRME EL LUJO DE QUE SE ME VAYA EL SANTO AL CIELO (cosa que aun así, ordenador o no ordenador, me ocurre con fastidiosa y fastidante frecuencia en cualquier caso). Ya lo cuento en *Nostradamus*: yo escribo literalmente a toda hostia. Y –como decía Chandler– cuando las cosas no van rápido es que van mal. Cuando van mal a ordenador, borras y te quedas con la pecera en blanco, limpia como patena y lista para empezar otra vez. En el papel, te quedas con toda esa mierda de tachaduras, que es algo mentalmente antiestético y que me descentra. Es como querer seguir con la siguiente cagada sin haberse limpiado el culo. Y luego, le tengo también fobia a la acumulación de papel. El espacio que ocupa. El desorden que introduce. Esto en parte me viene por mis años de trabajo como traductor e intérprete; siempre entre papeles, siempre con gente empeñada en llenarte las manos de documentación inútil que no necesitas para nada y que se va acumulando hasta que ya no puedes ni entrar en tu lugar de trabajo. Yo soy alérgico al desorden, a la acumulación, al acaparamiento. Esto a veces me ha traído muchos problemas, y sigue trayéndomelos, porque en mis ansias de hacer borrón y cuenta nueva y dejar la pizarra limpia y la cubierta despejada, y desembarazarme de basura, he acabado deshaciéndome de documentos importantes que luego no puedo recuperar, y me tiro de los pelos buscando cosas tiradas a la basura (desde recibos a facturas a extractos bancarios a poemas anotados en una servilleta y etc.). Pero no puedo evitarlo. Lo superfluo me agobia y me vuelve loco. En las tiendas tengo que estar siempre al loro para decirle al

operario de turno que por favor no me envuelva lo que compro ni me dé una bolsa. No lo soporto. Luego llegas a casa con lo que has comprado y un montón de basura inservible cuyo volumen es cuatro veces superior al artículo adquirido. Y todo eso se va directamente a la basura. Vivimos tiempos de envoltorios inútiles, en todos los sentidos. En este sentido, la informática sí es una maravilla, y estoy cien por cien a favor de ella. Cuando piensa uno en que en un CD cabe una biblioteca entera parece que respira. A mí de hecho los libros, como sabes, me agobian. Si fuera por mí, regalaría todos mis libros. Si hubiera bibliotecas que merecieran tal nombre en este país, probablemente ya lo habría hecho. Supongo que los años durante los cuales viví en mugrientos y mínimos (y cuando digo mínimos no hablo en metáfora) tabucos de alquiler me dejaron con esta fobia. Necesito espacio. No soporto la basura. Y vivimos en la sociedad de la basura. De lo superfluo. La sociedad, como digo, del envoltorio vacío.

[...]

24-XII-2001

[...]

Estoy leyendo a Cioran. Exactamente, el libro de conversaciones con él que hay en Tusquets. Es, como dirías tú, apoteósico. Es casi mejor que sus libros originales de fragmentos. Y es la hostia, salvando todas las distancias que haya que salvar, lo que me parezco a ese tipo. Es que son párrafos tras párrafos, páginas tras páginas, que tengo la sensación de que podría haber firmado yo. Ya me decía Mañas que yo era como un Cioran puesto al día. Es espeluznante. Y a pesar de todo, no sé por qué, siento una cierta distancia con respecto al tipo. Ya sabes que alguna vez, en alguna carta, hasta lo he llegado a fustigar. Cioran habla mucho de ser un histérico, y de su cólera, y de sentirse hermanado con Dostoyevski, y de ser un epiléptico frustrado, y de usar la escritura para herir, pero luego en su escritura todo eso no se acaba de notar. En su escritura es más bien frío. Es curioso. Después de oírle hablar de sí mismo, casi te esperarías encontrarte con un Céline; pero te vas a sus libros propiamente dichos, y no es así. A lo mejor es simplemente que a mí sus supuestas «barbaridades» me parecen obvias, el punto de partida

básico de cualquier planteamiento inteligente, y no me escandalizan ni impactan ni hieren como al lector medio al que él quizá se refiere más cuando hace sus declaraciones sobre su propia obra. También, indudablemente, debe de tener que ver con el hecho de que escribía en una lengua prestada, y esa pasión, esa cólera, esa histeria y esa supuesta rabia se enfriaban porque tenía que hacer un esfuerzo especial a la hora de ponerse a escribir. Él mismo habla del francés como una especie de camisa de fuerza para él, como una lengua que le obligó a volverse más neutro, de alguna manera. Porque Cioran, estilísticamente, es muy neutro. No hay rabia ni furia. Yo al menos no la veo. Y por eso no me cuadra esa descripción que él mismo hace a veces de sí mismo con sus escritos. Yo en Cioran no veo cólera por ningún lado. Pero bueno. El caso es que me espeluzna leerle, y ver que tengo un alma gemela por ahí. Aunque yo creo que Cioran y yo, sobre todo en mi época de bebedor, hubiéramos acabado a hostia limpia si nos llegamos a conocer. Pero a hostia limpia. Yo no sé muy bien por qué: me veo dándome de hostias con Cioran. ¡Ja ja! Es un poco absurdo. Porque no me veo dándome de hostias con Céline. Pero con Cioran sí.

[...]

4-I-2002

[...] creo que tanto Cioran como yo somos sin duda muy «eléctricos», y a veces nos parecemos como dos proverbiales gotas de agua. Aunque me da la sensación de que a pesar de todo yo soy bastante distinto de él. Es una cuestión yo creo que de carácter. Yo soy un ser, a pesar de todo, muy muy pasional. Tremendamente pasional. Digamos que yo me situaría a medio camino entre Nietzsche y Cioran. Que no es un mal lugar para estar, después de todo.

[...]

14-I-2002

[...] te hice el segundo envío postal del que te había hablado. Unos cómics y un ejemplar del número de diciembre de *Quimera*, en

el que aparece el primer artículo de los que les he enviado. Ya está en la calle el número de este mes, y les he enviado también el artículo correspondiente al mes que viene. Y hace dos noches terminé otro para el número del mes de marzo. De modo que ya tengo cuatro hechos. Todos ellos giran alrededor de cuestiones de «filosofía de la escritura». Pretenden ser, como ya te dije, miniensayos a la anglosajona; tenía hace años la idea de hacer un libro entero así, y puede que estos textos sirvan para eso. Tengo incluso un título pensado (tomado de uno de los artículos): «La llamada de la escritura». El único problema es que el corsé de la plantilla fija de 900 palabras desnaturaliza un poco mi discurso. Siempre me ha pasado con las colaboraciones fijas por encargo. Siempre hay una cierta labor de relleno o de desbroce forzados, un uso no del todo natural de adverbios y adjetivos, una cierta reiteración sintáctica y a veces una tumefacción del estilo, puesto que de alguna manera estás luchando por cuadrar un espacio, y eso te distrae de tu verdadero propósito y te fuerza el pie. Pero lo que llevo hecho hasta ahora no está del todo mal. Para la eventual edición de esos textos en libro, siempre les puedo meter mano. Aunque no quisiera hacerlo. Quisiera que se tuvieran en pie como están. [...]

No sé si te había comentado que en uno de mis delirantes ataques recientes de grafoclasia (y ésa es otra cosa que le debo a la historia arriba mencionada) había borrado del disco duro de mi ordenador la copia informática de «Oigo girar los motores de la muerte», el libro de ensayo-ficción que tenía listo para publicar este año, y que de hecho estaba contratado con DVD. Me deshice también de la copia de seguridad en disquete. Bueno, pues gracias a uno de esos milagrosos respiros que a veces nos conceden los dioses, resulta que Mañas tenía una copia en papel que yo le había enviado hace mucho tiempo, cuando él quiso hacer lo posible por conseguir que el libro se publicara en Destino (cosa que no consiguió), y esa copia ha aparecido. [...] O sea que voy a poder recuperar el libro. Y la cosa me va a salir bastante bien, porque lo que voy a hacer es añadirle a lo que ya tenía todo lo que he escrito en el más reciente acceso de grafomanía del que fui víctima estos pasados meses de noviembre y diciembre (cuando andaba por ahí libreta en mano escribiendo en los autobuses y en el metro como un loco). Ya te comenté que con ese arranque pretendía poner en marcha un nuevo libro, que iba a titular «*Non compos mentis*»; pues bien, me lo he pensado mejor. Tengo

unas 10.000 palabras en total de material nuevo, y lo que voy a hacer es añadirlo a «Oigo» en forma de tercera parte, y ponerle ese mismo título –«Non compos...»– a esa sección del libro. Eso redondeará el volumen y me quitará la espina de haber tenido que sacar un libro con material de los años 1997 y 1998, que era de lo que constaba «Oigo». Ahora quedará dividido en tres secciones: 1997, 1998 y 2001. Y luego le añadiré un prólogo explicando los avatares del libro y el porqué de esa laguna 1999-2000, lo cual me permitirá, de pasada, reflexionar un poco sobre toda esta crisis de la que por fin parece que he podido salir para contarla... En definitiva, que el volumen creo que al final no va a quedar tan mal. Le daré un repaso en profundidad, en cualquier caso, a lo que ya tenía escrito, para ponerlo un poco al día y limarle un poco los cantos. (En «Oigo», tal como recuerdo que había quedado, hay un problema de exceso de adverbios y sobre todo de exasperantes aposiciones entre guiones, y voy a ver si le meto mano al texto y lo aligero y enderezo.) Al final de todo irá un epílogo con una serie de fragmentos reflexivos más largos que había estado escribiendo últimamente, con vistas a otro libro más, que como creo que algún momento te comenté se iba a titular «Siéntate y escribe». De modo que eso es lo que hay con respecto a este asunto, y espero que no te hayas perdido con tanto rollo y tantas explicaciones. Creo que «Oigo» va a acabar quedando más o menos presentable. [...]

Por otra parte, quiero hacer borrón y cuenta nueva en más de un sentido. Cuando me quite «Oigo» de encima, las cubiertas habrán quedado definitivamente despejadas, listas para afrontar la segunda parte de mi «travesía vital»... Voy a intentar, si puedo, echar el freno un poco en cuanto a escritura creativa y volcarme de lleno en el proyecto mastodóntico de edición de mi correspondencia. («Las cartas boca arriba: doce años de zafarrancho epistolar».) De hecho, he retomado el trabajo y ya estoy plenamente enfrascado en él. Me lo estoy tomando con mucha calma. Creo que me llevará un año, tal vez dos. Las cartas cubren desde 1989 a 2000. Ahí me voy a parar. Creo que es mi gran época de escritor de cartas. En concreto, de 1993 a 1997. El 96, por lo que he podido ver repasando mis archivos en soporte informático, fue uno de los años de máxima actividad epistolar: unas 220 cartas archivadas. Eso excluye las escritas a máquina y a mano, que debieron de ser bastantes. La cosa es casi una pesadilla; el trabajo es ingente. Pero me apetece mucho meterme con

ello. Estoy haciendo una meticulosa y pausada labor de edición y anotación. Todo esto va a llevar meses y meses de trabajo. Pero me está encantando. El secreto es tomárselo con calma.

[...]

Estoy leyendo otra vez a Cioran. Es un ensayista pasmoso, el tipo, al margen de sus aforismos. Me estoy devorando su *Ensayo sobre el pensamiento reaccionario*. Es de una lucidez, concisión y sobriedad admirables. Qué pena que no escribiera más ensayos literarios. Es buenísimo. Creo que hay otro volumen en el que se recoge un ensayo sobre Tolstói y alguna cosa más por el estilo, ¿no? Voy a ir leyendo a Cioran completo. Compré también el otro día uno de sus libros traducidos del rumano, *El ocaso del pensamiento*, y vuelvo a constatar que fue su peor época. Aparte de porque era más joven y estaba de alguna manera en los comienzos, creo que también es cuestión –como el propio Cioran reconoce– de que no había encontrado su molde todavía. La decisión de Cioran de escribir en francés marca su nacimiento como gran creador. Es un paso absolutamente decisivo. Claro que no te estoy contando nada nuevo. Yo hasta ahora no me había metido a fondo con él precisamente porque me gusta demasiado, y no quería agotar todos sus libros –el número es limitado– de una sentada y luego quedarme sin nada. Pero creo que ahora ya voy a leerlo entero. Luego me quedaré con él como con Bukowski: deseando nuevos volúmenes imposibles del tipo. Aunque en el caso de Buk, dejó tal cantidad de material inédito que igual nos tiramos otra década leyendo cosas nuevas suyas. Ya te dije que acaba de salir el enésimo volumen póstumo de poesía: *The Night Torn Mad With Footsteps*. Muy buen material, por supuesto. [...]

3-III-2002

[...] Hace tiempo escribí un aforismo que luego no he recogido en ninguna parte –es de hace un año como mínimo–, pero que conservo en uno de mis cuadernos:

Arde en la llama.– He aprendido tarde, aunque por suerte creo que no demasiado tarde, que disfrutar de la vida no es pecado. He sufrido mucho, sin duda; y el sufrimiento ha sido a menudo el resultado de las

circunstancias que estaba viviendo. Pero también hay que decir que los artistas, los creadores, tenemos bastante de masoquistas. Nos gusta regodearnos en el dolor. El culto a la abyección y todas esas historias. La fatal herencia romántica.

Negarle sentido a la vida es tan absurdo como pretender afirmar su sentido por encima de todas las cosas. El sentido de la vida es el de una cerilla que arde: su razón de ser es su combustión. En esa combustión hay que saber quemarse.

No sé si se puede decir que así es como me siento ahora mismo. Entre otras cosas porque yo nunca puedo acabar de estar seguro de cómo me siento exactamente. Es muy jodido.

[...]

Estoy con otro libro, sólo que va lentísimo y sólo me siento cuando puedo y me apetece. Esas dos circunstancias no siempre coinciden, y encima no me apetece demasiado a menudo en cualquier caso. Y tengo el cerebro quemado por la interpretación simultánea y los viajes la mayor parte del tiempo. Pero. Es una especie de diario sin fechas, con mucho de ensayo. Divagaciones. Más dislocado aún que el *Nostradamus*. Quiero decir que en el *Nostradamus* ya me preocupé poco por el «estilo», pero ahora me preocupo todavía menos. Oralidad pura. Gullón y otros [...] han señalado que el *Nostradamus* es como tenerme al lado hablando durante unas cuantas horas. Considero ese comentario el mayor elogio que he recibido. Es *exactamente* lo que quería. O sea que más de lo mismo, ahora. Sólo que siempre hay matices. A esto lo estoy llamando, como creo que ya te comenté, *Siéntate y escribe*. Un pobre loco que larga.

[...]

18-IV-2002

[...]

Hace poco me leí un libro nuevo de Pedro Juan Gutiérrez que acaba de salir: *El insaciable hombre araña*. Relatos. Está bastante bien. Y hace ya un par de meses me devoré el *Papillon*, de Henri Charrière, creo que no te lo había dicho. Un novelón cojonudo, te lo recomiendo. Tiene 600 ó 700 páginas y me lo papé en unas cuantas sentadas. No podía dejarlo. Iba leyéndolo hasta subiendo por las

escaleras mecánicas en el metro. No hay muchos libros de los que se pueda decir eso. Ahora estoy con el clásico de Robert Graves, *Goodbye to All That*. Su autobiografía, escrita a los 34 años. Cuenta fundamentalmente sus experiencias durante la I guerra mundial. He leído un poco más de la mitad. Es algo aburrido, pero se puede leer. No está mal. Estaba también con Pla, pero lo voy cogiendo y dejando. Un diario tocho titulado *Notas dispersas*, que han sacado en Espasa en edición conjunta con *El diario gris*. Eso en un primer volumen. Luego han sacado un segundo volumen con otros dos dietarios más, incluyendo uno que al que me apetece bastante hincarle el diente: *Notas del crepúsculo*. Garabatos finales. Ya se sabe que pueden ser a veces los más interesantes. Pero el *Notas dispersas* me aburre un poco. Y además al tipo le da por ponerse a hablar de mujeres y de algunas otras cosas de las que no tiene ni puta idea, y acaba irritando un poco. Lo mismo me pasaba a veces con las memorias de Baroja. Es curioso, Pla y Baroja se parecen en muchas cosas, y se parecen hasta en eso: cuando se ponen a sentar cátedra sobre cosas de las que no tienen puta idea caen en el más espantoso ridículo, y para colmo te cabrean. Pla y Baroja, supongo que como todos, están bien cuando se limitan a hacer lo que de verdad saben hacer. Lo de Pla son los paisajes, y hablar de jalandria, y describir al paisanaje y ofrecer comentarios a vuelapluma sobre lo que va pasando a su alrededor. En cuanto se mete a filósofo, hay que desconectar, porque te puede acabar poniendo malo del estómago. Y a Baroja le pasa lo mismo.

[...]

30-IV-2002

[...]

Estos días han sido jornadas de intentos fallidos. Llevaba escrita una buena pila de pequeños fragmentos en prosa. Cosas en plan Saroyan, en plan Thurber. Escritura sin cartografía definida. Mezclas de relato, ensayo, diario, biografía cotidiana. Algunos de los textos no estaban mal. Uno de ellos se titulaba «Dios dirá». Hacía referencia a tu más reciente carta. Divagaba sobre el libre albedrío. Otro hablaba de mis perros, y de las veterinarias que los atienden en la clínica a la que suelo ir. Otro era una diatriba contra la tercera

edad, provocada por un incidente de canofobia callejera protagonizada por un viejo (el otro protagonista era yo). Luego había otro sobre una visita frustrada al Museo Sorolla (que está cerrado por reformas). Y uno, quizá de los mejores, titulado «Visiones de la otredad», que hablaba de los desdoblamientos que uno sufre, de las múltiples personas que a uno lo habitan. En ese texto hacía referencia a mi madre, a mi abuela, a Céline, a Sartre, a Onetti, a mi psiquiatra. Extraña mezcla. Pero funcionaba. Casi un poema en prosa.

Todo borrado. Lanzado al cubo de basura cibersideral. Pero ya está hecho. Y no me parece mal. Hay que escribir mucho para que una mínima parte se pueda aprovechar luego. Aunque lo hayas tirado todo; el barbecho de la mente va cogiendo fuerza. Cada nueva operación de escritura y borrado le añade una capa de abono al terreno. La cosa es que uno es un grafómano empedernido. Con todo lo que he tirado en los últimos dieciocho meses tendría para un tocho considerable. Un extraño tocho de retales y jirones varios. En lugar de eso, tengo una pila mental de estiércol no utilizado. Bueno, de la mierda nacen flores. Creo. Espero.

[...]

4-V-2002

[...]

Estoy leyendo un tochazo que creo que una vez te enseñé en mi casa: *England's Dreaming. Sex Pistols and Punk Rock*. 600 páginas de sesuda sociología popular y musical, y una minihistoria al mismo tiempo de los 70 en Inglaterra. Un esfuerzo de titanes, ese libro. Un ejemplo de cómo hacer las cosas, del que bien podrían aprender en este país de pedantes y analfabetos funcionales. Y todo ello para hablar del punk. Aquí no son capaces de hacer libros así ni para hablar de las cosas supuestamente «serias». Así que ya te diré. Yo no sé ni qué demonios hago aquí –pero ya me estoy yendo por las ramas. El libro me está encantando, y trayendo muchos recuerdos. Es una mina de información, citas y referencias. Empieza con un análisis del 68 y los movimientos anarquistas y situacionistas de finales de los 60 y termina con la subida al poder en Inglaterra de la Sra. Thatcher y la Nueva Derecha, en 1979. Es fascinante. Estoy acompañando su lectura con la audición paralela de una caja de 20

CD que pillé el otro día por Eur. 37 (6.000 pesetas) en la Vaguada: *The Entire History of Punk*. Material más bien malo –sobras– reunido por cuatro duros y sacado al mercado para ordeñar una vez más la exhausta ubre del enésimo *revival* punk, pero tiene cosas muy interesantes. Hay una canción de Iggy Pop, capturada en algún caótico y desmadrado concierto en directo con medios evidentemente precarios, que no obstante te quita la tapa de los sesos: “I Got Nothing/I Got Shit”. No la conocía. Nunca he seguido demasiado a Iggy Pop, a excepción de su indispensable obra maestra, auspiciada en 1977 por David Bowie, *Lust for Life*. “I feel old today/ I feel screwed... I got nothing/ Nothing to do/ Nothing to say/ Nowhere to go...” Todo esto sobre un fondo de coros desencajados y una guitarra que parece una motosierra atravesando un leño seco. No sé si es porque la canción sintoniza con mi actual estado de ánimo, pero no me la puedo quitar de la cabeza. Al mismo tiempo, intento pensar en lo que estarán haciendo mientras yo la escucho y doy saltos de loco yo solo por mi estudio, aullando el estribillo, mantecosos individuos prematuramente envejecidos como ****, y me congratulo de algún modo a mí mismo, porque es evidente que esa gente no podría estar haciendo nada parecido ni en sus más remotas pesadillas, y que yo, aun sobrio y al borde de los 40, sigo siendo el lunático orgulloso, el demente, el *outsider* que siempre fui. Y que tengo –y a mucha honra– tanto que ver con toda esa gentuza como un mandril en celo con santa Teresa de Jesús. Mi soberbia me ha hecho, supongo, mucho daño. Pero es enteramente mía, y es lo único que tengo. Nunca me la podrán quitar. Pongo en el tocata el disco original en vinilo de los Sex Pistols, *Never Mind the Bollocks*, y vuelvo a sentir una oleada de calor recorrerme de los pies a la cabeza. La ira es una fuerza creativa. La ira que produjo libros como *Monos*, *Guerra* o *Babilonia* (cuyo título, por cierto, está tomado de una canción del grupo punk The Ruts: “Babylon Is Burning”) sigue dentro de mí. No son mis mejores libros, quizá. Pero son los más míos, en cierto sentido. Capturan de algún modo lo que dice Fonseca a través del Cobrador en ese fragmento genial de su famoso relato: «Me lo deben todo... Me siento ante el televisor para alimentar mi odio». Claro que mañana igual me ves aquí callado, fumando en la penumbra y escuchando a Leonard Cohen mientras los ojos se me arrasan en lágrimas. Otra faceta, otro yo. No menos real. Soy una contradicción

ambulante, pero quiero creer que eso también alimenta y da vida a mis libros. Lo que tengo claro es que nunca jamás me rendiré.

[...]

7-V-2002

[...] El creador jode todos los cerebros y corazones que le rodean; y luego, para colmo, va y añade sal a las heridas retratando en sus obras a todas las personas que previamente ha jodido vivas. [...] Somos realmente despreciables, pero claro, no lo podemos evitar. Precisamente porque somos artistas; porque nuestro reino *no es de este mundo*. Somos como criaturas venidas del espacio exterior, a hurgar en la mierda y en las miserias humanas. Ya lo dijo Faulkner, que un escritor que lo sea de verdad debe estar dispuesto a matar a su padre a cambio de una historia. Es un abismo insondable, la creación. Negro, tenebroso y perverso. Da vértigo y da miedo. Pero finalmente acaba dando asco. Uno se pregunta si no sería mejor hacer borrón y cuenta nueva, y empezar de nuevo como decía Jim Morrison que le hubiera gustado volver a empezar si alguien le hubiera dado la oportunidad: como un artista modesto y sencillo –artista en el sentido más noble y natural de la expresión– que trabaja laboriosamente en su propio jardín. Séneca, se me ocurre de pronto, estaría cojo, no lo dudo, y además no vivió precisamente en sintonía con sus textos, pero no puede dejar de admirarse la valentía y la limpieza de sus intenciones. El nihilismo total está muy bien, pero siempre admiraré a los estoicos, porque en parte también en mí hay grandes dosis de estoicismo, y porque en el fondo su actitud era de una sobriedad, elegancia, valentía y virilidad que nos vendrían muy bien a todos en estos tiempos de la queja fácil y el «usar y tirar» intelectual. Lo que Séneca viene a decir –y tiene razón– es que básicamente en este mundo hay que ser por encima de todo *un hombre*; y comportarse como tal. Y echarle cojones al asunto. Y ser valiente. Y comerse los marrones sin intentar colgarle el sambenito al vecino, o a la vecina. Pero claro, eso es *precisamente* lo que la época cada vez admite peor, con todas estas zarandajas de la corrección política y el culto a la abyección, y la escapatoria fácil, y el hedonismo irresponsable, y el sálvese quien pueda y maricón el último. Alguien lo ha llamado «la cultura de la queja». Hace poco leí un fragmento de Cioran en el que

nuestro amigo el rumano citaba a no sé quién: «El universo entero apesta a cadáver». Yo diría que aquí lo que de verdad apesta es el muerto que cada uno de nosotros quiere endosarle al vecino. Aquí nadie sabe nada. No sabe, no contesta. Un puto mundo de pilatos, y retrasados mentales por si fuera poco.

En fin, quizá me esté pasando un poco. En el fondo soy buena persona. Desde luego los hay mucho peores que yo. Claro que ése no es el asunto. En inglés dicen que “two wrongs don't make a right”, y es verdad. No hay que vivir en términos comparativos –fatal error del hombre occidental contemporáneo, como ya señala Krishnamurti–, sino en términos absolutos de responsabilidad personal y coherencia –en el plano moral– con la propia conciencia. Todo lo demás son subterfugios y cuentos chinos.

Bien. Parece que hoy me ha dado por fustigarme. Bueno, eso está bien. La autocrítica. Que no falte nunca la autocrítica. [...] ¿Tú crees que es normal estar escribiendo miles de palabras y luego borrándolas, y luego volviendo a empezar, y luego volviendo a borrar? Es como un juego perverso, demencial. Me estoy destruyendo, como persona y como escritor. Y creo que tengo demasiado talento como para quemarlo de esta manera. El talento se me dio para que hiciera algo útil con él, y que a poder ser sirviera de ayuda a los demás; y si lo malgasto así, se me va a acabar quitando (quiero decir que me va a acabar siendo quitado). Mi comportamiento es indigno [...] Tengo que agarrar al toro de mi vida por los cuernos como sea, y canalizar una vez más mi angustia y mi desazón, precisamente para convertirla en arte, y no volverla contra mí para destruirme de una forma estúpida, absurda y totalmente inútil. Estoy en este mundo para algo. Hay muy poca gente que diga las cosas que digo yo, y *hacemos falta*. Hay gente ahí fuera que espera cosas de mí. Al margen de que la escritura es mi salvación personal. En suma, que tengo yo también que *portarme como un hombre*. Y no puedo más. No aguento más, tío. No mucho más. Como tire una milésima más de la cuerda, se va a romper. Y entonces será la caída libre en el vacío, y el fin. He llegado al final del camino de mi particular tarea de reducción del mundo a cenizas. Ahora tengo que surgir de esas cenizas otra vez, aunque sólo sea para volver a tirarlo todo abajo. Pero construyendo algo al mismo tiempo. *Dando algo*. Dando mis palabras, mi voz. Dando mi humor. Dando mi vida en el intento, una y otra vez. Dándolo todo.

21-V-2002

[...] el otro día escribí este aforismo: El problema de los poetas es que se ponen «poéticos». Y así escriben luego lo que escriben: poesía entre comillas.

[...] No hay nada que hacer, ni sitio alguno a donde ir, pero aquí estamos en cualquier caso, avanzando por el trillado camino. Tenemos que descubrir nosotros mismos que no hay nada que descubrir, aunque lo sepamos o creamos saberlo de antemano. También es verdad que creemos saber muchas cosas, y luego la vida nos da muchas sorpresas, porque no es menos cierto que aquí ni dios sabe en realidad nada. Esto es una comedia que no se acaba nunca. Jamás se para la función. La vida: sesión continua. Y ahí nos ves a todos nosotros, rajando, agitándonos, pegando berridos, corriendo de un lado para otro y haciendo como que sabemos qué cojones se supone que estamos haciendo. Todo teatro, comedia, farsa, patético vodevil. Vodevil en todos los sentidos. Yo anoche me quedé en la terraza a la una de la mañana a fumarme el último pitillo antes de plegar, y me quedé mirando los neones lejanos, y las luces de las farolas y los edificios y la luz de las estrellas y la luna velando allá arriba sobre nuestra estupidez, y estuve pensando en todo esto, y en eso mismo que te digo. Y me decía: cuándo parará, toda esta comedia, cuándo se detendrá. No para nunca, este maldito camelo sideral de planetas en marcha y perpetuo movimiento hasta la destintegración. Es bella la agonía; nuestra agonía. Y no deja de tener un cierto esplendor. Miseria y esplendor de la humana condición.

Sí, yo también me acordaba el otro día de aquel paseo nuestro durante el cual te conté esa idea que había tenido para una hipotética tercera parte de «El índice de Dios». Se me había ocurrido poco antes; la estaba empezando a rumiar. Ahora ha variado ligeramente. La rumia es un proceso clave. Las «ficciones puras», en mi experiencia –llámense si se quieren «novelas»– hay que dejarlas ir gestándose a fuego lento en la cabeza durante a veces mucho tiempo. Van creciendo como un embarazo. Luego te sientas y lo intentas poner todo en pantalla o papel, y ahí hay un nuevo proceso de reembarazo, a medida que escribes. Por eso duele tanto, y hace sufrir tanto, la escritura de novelas. Porque estás creando todo un mundo

que al principio es paralelo al mundo real en que vives, pero que luego va invadiendo y usurpando esa realidad y absorbe cada pensamiento que tienes, y creciendo y extendiéndose hasta que no deja un milímetro libre, y finalmente te impide seguir adelante con tu vida, porque te reclama y te quiere todo para él. Pero, claro, tienes —a menos que seas millonario y vivas solo— que seguir adelante con «tu vida»; con las cien mil interrupciones alimenticias que son nuestra búsqueda del pan de cada día, y todas las movidas que ese espantoso proceso lleva consigo, y entonces sobreviene la esquizofrenia ya declarada, y todo es un mesarse los cabellos y cagarse en Dios. Cuando yo escribí *Fuera del tiempo* la cosa llegó a alcanzar límites de delirio. Por eso tuve que abandonar tantas veces, y luego volver a la carga. Esa novela me exigía *todo*; no me dejaba en paz ni un maldito segundo. Y no podía ser. Los berrinches eran diarios. Yo hasta creo que mis oscilaciones graves de estado de ánimo empezaron ahí, en la lucha con ese puto intento imposible. Que salió luego abortado, claro. Algún destello hay en él, no digo que no. ¡Pero si vieras la perfecta imagen mental de ese libro en mi cabeza, lo que yo quería conseguir! Luego, claro, no se hace más que arañar la superficie. Es normal que todos los escritores seamos esquizofrénicos. Esto es lo que yo hubiera querido decirle a la idiota esa [...] que me entrevistó la semana pasada. Sospecho que no hubiera entendido una palabra. Es muy difícil hacerte entender por estos pedazos de carne con patas que llaman seres humanos. A veces esos pedazos de carne son hasta la gente más íntima, con la que vives. Que lo comprende todo, claro, o eso se supone, pero que finalmente tampoco comprende nada, porque el que está luchando con la maldita bestia eres tú. Y luego te vienen, como decía una vez José Hierro en una entrevista, con que si tienes veinte duros para una lechuga. Y tú armas la de Dios. Y te llaman loco. Claro que si a ese loco un día le cae el premio Nobel, ahí estarán, no lo dudes, ufanos y orgullosos bajo la reflejada luz de tu estúpida grandeza mundana, *habiendo sabido desde siempre que lo ibas a conseguir*. Hasta cuando te pedían los veinte duros para la lechuga, por supuesto.

[...]

14-VI-2002

[...]

Estoy, curiosamente, escribiendo mucho. Enfrascado entre palabras otra vez. Como en los viejos tiempos: un proyecto narrativo gordo; poemas; los fragmentos de costumbre; la lenta y ardua edición de mi propia correspondencia. Y luego ayer corregí ya pruebas de «Los motores» y se las mandé a Sergio para allá. Dios, cuando estoy así es cuando me doy cuenta de que estoy en mi salsa. Es lo mío. La escritura hasta la muerte. Tecla y tecla y tecla y más tecla, hasta reventar. Estoy loco, como dice Buk en el diario. Esto es una maldita enfermedad. ¡Bendita enfermedad! Que Dios bendiga a los hados de la literatura, a pesar de los pesares y por encima de todo. Yo la literatura es lo único que tengo. Lo único que conozco. Lo único que verdaderamente me importa. Moriré, supongo, con las botas de escribir puestas. Dame texto, dame *copy*, como lo llaman en inglés, y olvídate de mí...

[...]

24-VI-2002

[...]

Está haciendo un verano suave. Por lo menos hasta la fecha. Estoy trabajando intermitentemente en mis fragmentos. Es lo único que escribo, junto con algunos poemas. Puede que no escriba otra cosa de ahora en adelante. Ésa es mi idea. He estado leyendo a Renard. Ya sé cuál es una de las fuentes de Pla. Hay páginas clavadas. Este Renard es un poco demasiado cerebral para mi gusto. Pero tiene algún aforismo bueno. Por ejemplo: «Si temes la soledad, procura no ser justo». Pero me estoy dando cuenta, ahora que me estoy metiendo más a fondo con los escritores de aforismos, de que ocurre algo parecido a lo de la poesía. Es increíble lo malos que son la mayoría. Estuve ojeando a Lichtenberg la otra noche y aquello daba por el culo. Claro que Cioran y Nietzsche ponen el listón muy alto. Y eso que N. hablaba maravillas de Licht.

[...]

Estoy leyendo un volumen que ha salido de las cartas desde la cárcel (¡en Dinamarca!) de Céline. Hay un momento en el que dice: «No tengo absolutamente nada en común con los hombres. Siento para con ellos un horror, un espanto, que nunca podré ya superar». Sin embargo, uno es un hombre. Aquí está, flotando en la galaxia. Tiene que formar parte de la comedia, lo quiera o no. Cuando un partido llega a su fin, el árbitro pita y se acaba. Pero aquí nadie pita. Esto sigue, y sigue, y sigue. Todo esto tendría que haberse acabado hace siglos. Y aquí estamos, viéndolas venir. A veces pienso lo mismo de mi propia vida. Sin embargo, amo la vida. Profundamente. Hay una cita de Yeats, creo que es, muy famosa: "The best lack all conviction, while the worst are filled with a passionate intensity". Lou Reed la cita en "Take No Prisoners". Y añade: "Now, you figure out where I am". Bueno, yo estoy en la primera cláusula. O me veo en ella. Pero algo falla porque me veo también en la segunda. Soy lo que todo los hombres, a mi pesar: una mezcla de lo mejor y de lo peor. ¿Qué derecho tengo a juzgar? Ah, amigo, pero ésa no es la cuestión. No lo ha sido nunca. ¿Cuándo lo entenderán? Yo ya no juzgo ni a una mosca. Nunca he juzgado, por otra parte. Yo sólo quiero estar solo. Tranquilo. En paz. Pero llevo al enemigo dentro. El puto enano cabrón.

[...]

2-VIII-2002

[...] la revista *Lúnula*, donde voy a publicar 13 nuevos poemas que pertenecen a una sección que he añadido –al menos de momento, luego no sé cómo quedará– a mi poemario inédito y «secreto» «El hombre equivocado». El ciclo en cuestión consta de 17 poemas que me habían ido surgiendo en los últimos tiempos, y que en principio pensé que podían llegar a formar un nuevo libro independiente, pero de pronto se cortó el flujo y ya no llegaron más. Tras darles muchas vueltas decidí meterlos en «El hombre equivocado», que ahora quedaría dividido en tres «libros»: la sección primera de poemas, la sección segunda de piezas en prosa –es decir, lo que tú ya conoces–, y esta tercera sección, que se titularía «Hugo a los 40». Son poemas en tercera persona, recorridos por un *alter ego* al que llamo Hugo. Se diferencian un poco de mi tono más habitual [...]

2-XI-2002

[...] Los seres humanos vivimos más o menos solos, odiamos y amamos más o menos solos, y morimos solos. Los seres humanos no estamos solos; *somos* solos. Creo que esto ya te lo he dicho más de una vez. Puede que sea una de mis verdades de perogrullo. Hace poco un crítico reseñaba al parecer una novela de Benítez Reyes, la más reciente, y por lo visto aparece en ella un personaje basado en mí, llamado Rogelio Lobo. Y el crítico lo explicaba, y hacía referencia indirecta a mis dos más recientes libros, el *Nostradamus y Motores*; y por lo que se ve me acusaba de escribir «verdades de perogrullo». Todo esto lo sé por Jesús (Castellano), que se tomó la molestia de contármelo el otro día por teléfono. Bueno, qué voy a decir: el crítico tiene razón. Mis verdades son de perogrullo. ¿Qué otro tipo de verdades va uno a escribir en un mundo regido por la oligofrenia? Bueno. Qué más da. [...]

Estuve con ****. Hablamos de lo divino y de lo humano. ¡Acabamos hablando de los encabalgamientos en los sonetos de *Ángel fieramente humano*, de Blas de Otero! [...] Se quedó muy sorprendido con mis gustos, y cuando le confesé mi amor por Rubén Darío y por la elegía a Ramón Sijé, de Miguel Hernández. «¡Quién lo iba a decir! –exclamó–. ¡Pero si eres todo un clásico!». «Claro –le dije–. Pero no se han enterado todavía...» [...] es «poeta secreto», y me da que de los oscuros; de los metafísicos; de los que Villena llama «órficos» y yo llamo fundamentalistas metalíricos. De los esencialistas, tipo Valente, que es el intocable dios de todos ellos. Junto con Wittgenstein, del que por cierto **** es al parecer un profundo conocedor. Ahí ya no me quise meter con él. Le dije que yo de Wittgenstein no conocía más que el famoso último aforismo del *Tractatus* –de lo que no se conoce no se puede hablar y bla bla bla– y me dijo que ya, que claro, que eso era lo que todo el mundo conocía de Wittgenstein, filósofo del que en su opinión todo el mundo hablaba sin tener la más mínima idea de nada (por cierto, otro misterio de las «confluencias»: en un momento determinado, [...] me dijo que ciertos pasajes de *Motores* ¡le habían hecho pensar en Wittgenstein!). En eso –en lo de que todo el mundo hablaba sin tener ni idea– no le llevé la contraria, porque me pareció muy cierto, y aplicable no sólo a Wittgenstein. Este Wittgenstein es otro de los

dioses de los fundas metalíricos, junto con Paul Celan y el ya mencionado Valente. Y Lezama Lima. Todos ellos intragables, para mi gusto. Yo lo intenté más o menos en serio con Wittgenstein y me retiré, confundido y humillado. No entendía ni una palabra. En fin; alemanes (aunque se trate de un judío en este caso). No hay dios que pueda con ellos. Toda esa basura ontológica. Kant, Wittgenstein, Heidegger. No los entiende ni la madre que los parió. Déjame a los empiristas británicos (mal llamados «empiristas ingleses», porque sus más destacados representantes eran escoceses; gente, por cierto —los escoceses— que se anda todavía menos por las ramas que los ingleses; son a los británicos lo que los catalanes a los españoles, más o menos). Y a los moralistas franceses del XVIII. Y a los presocráticos, y a Epicuro, y a Epicteto y a Séneca. Yo me entiendo bien con los éticos. Los metafísicos no puedo con ellos. Es basura; juegos de palabras terminológicos, para salvar el pellejo intelectual.

[...] todas las obras que escribo son obras sobre mí. En ese sentido me parezco a Bukowski. La gente me lee, o me deja de leer, o me ama, o me odia, por mí mismo; por el «personaje» que de mí mismo he creado en casi todos mis libros (otra cosa son mis novelas hasta la fecha). Más exactamente, por mi tono y por mi voz. Quiero decir que las cosas que yo digo —y en esto vuelvo a parecerme a Bukowski— las puede decir cualquiera, no son nada del otro mundo (y a veces, como apuntaba el crítico que te mencionaba al principio de esta carta, son efectivamente perogrulladas); pero la cosa está en que *las digo yo*. Las mismas cosas en boca de otro no interesarían a mis lectores. Lo mismo le pasa a Pedro Juan Gutiérrez, a Henry Miller, e incluso a Raymond Carver, por ejemplo. Es la *persona* —en el sentido latino del término— lo que le insufla vida a las páginas. Hay ciertas cosas que escribo yo que sólo yo puedo escribir, tal como las escribo. Ésa es la percepción. El lector, por lo tanto, más que lo que escribo, *me quiere a mí*. Me quiere a mí, grapado en la página, contando mis movidas, dando mi visión particular, y por cierto que nada original (lo original no es lo que digo, sino el hecho de que lo diga), del mundo. De donde se deduce que un libro sobre mí sería considerado como altamente devorable por mis lectores; al menos, por los más genuinos y verdaderos, por los que se enteran aunque sea un poco de la fiesta.

[...]

10-XI-2002

[...] estoy en un nuevo, profundo y crítico punto de inflexión y de cambio; estoy migrando –lo noto en mis entrañas, aunque aún no puedo racionalizarlo cabalmente– de la perspectiva subjetivista a una perspectiva más estrictamente objetivista. Vamos a ver en qué queda todo esto. En cualquier caso, estás ante un hombre en pleno proceso de metamorfosis, sólo que la metamorfosis, yo creo, le va a conducir a convertirse en lo que de alguna manera fue, o en aquello en lo que en un momento determinado tendría que haberse convertido y que por diversas circunstancias se desintegró antes de llegar a consolidarse (una de ellas –de esas diversas circunstancias, quiero decir– fue el nefasto proceso de alcoholismo que me desmadejó durante 17 o 18 años; aunque de ese proceso aprendiera muchas cosas, y paradójicamente es posible que no hubiera llegado a este presente punto de inflexión si no hubiera pasado previamente por todo eso; es decir, si no hubiera estado a punto de matarme a mí mismo con la bebida, y con todo lo que la bebida trajo consigo, y cuyos efectos duran hasta hoy).

[...]

19-XI-2002

[...] Los libros de filosofía, psicología, sociología, poesía, memorias, ensayo, revistas de actualidad intelectual, revistas científicas y papeles, notas, cuadernos, la hostia en verso, se apilan a mi alrededor como la chatarra de un relojero loco. Esta última semana creo que me he gastado unos 40 papeles en libros entre una cosa y otra. Y el hambre abre más hambre. Hasta he pedido a Inglaterra, por Internet, *Relativity: the Special and the General Theory*, de Albert Einstein. ¿Síndrome Quijano? Estoy estragado, macho. Porque además ando de cráneo con el trabajo alimenticio, y luego está la novela –ya van 53.000 palabras, y estoy experimentando estos días algunos jodidos bloqueos, pero no quiero obsesionarme–, y luego los putos «telegramas» en inglés, que me salen hasta por las orejas. Me estoy volviendo majareta.

Pero aún hay más. Soy para empezar absolutamente consciente de que todo esto es absurdo e inútil, y que no me va a conducir más que al punto de partida, sólo que dando vueltas como una peonza y más mareado que un pollo sin cabeza. Porque nada hay que conocer. Porque sólo sentándose y pensando, y estrujándose sin misericordia la cabeza, se llega a alguna parte: uno mismo y el vacío. Uno mismo *contra* el vacío. Las conclusiones siempre son las mismas. Y por eso no hago más que cruzarme con putos textos de Dios y su madre que no conocía y tengo la sensación, una y otra vez, de que los he escrito yo. Que los he pensado yo. Que los he rumiado yo. Lo que tú mismo decías en una de tus más recientes cartas sobre la cita que te mandé de Laing. En fin. Me estoy enrollando otra vez. El «aún hay más» iba por otro rumbo.

[...]

20-XI-2002

[...] Recuerda: en buena medida, estás autopsiando un cadáver. Por mucho que quieras acercarte a mí, para cuando llegues yo ya no estaré allí. Sobre todo tratándose como se trata de alguien como yo, que avanza a la velocidad del rayo (aunque sea siempre para volver luego al punto de partida; mi dinámica es la de un meteorito incandescente en perpetua órbita parabólica o circular; la parábola o el círculo se van ampliando, y su diámetro total aumenta, pero el centro de rotación siempre es el mismo; no se desplaza nunca).

[...] Mi inteligencia [...], medida convencionalmente, no se puede decir que esté muy desarrollada; sin embargo, tengo una enorme potencialidad *emocional*, que es mi mejor virtud y mi punto más fuerte, el verdadero *fulcro clave* sobre el que se balancea y equilibra toda mi capacidad creativa y creadora. [...]

Mi decisión de ponerme a estudiar como un poseso parte de un impulso frustrado que arrastro desde hace décadas, y que sin duda hunde sus raíces en el hecho de que no fui a la universidad [...] No ir a la universidad fue para mí un verdadero trauma, y creo que en buena medida contribuyó a mi alcoholismo, y a la rabia sorda que siempre le he tenido, casi secretamente, a mi padre.

[...] yo he reflexionado y estudiado y leído mucho, pero caóticamente y a salto de mata, sin introducir jamás un mínimo

sistema en mi planteamiento de las cosas. Chandler y Sartre. Hubert Selby y Gabriel Miró. Bukowski y Cernuda. Schopenhauer y Céline. Rubén Darío y e.e. cummings, o el Vallejo de *Trilce*. Somerset Maugham y Juan Carlos Onetti. Y así sucesivamente. Todo eso, por supuesto, me ha dado una muy especial perspectiva; o mejor dicho, ha contribuido a conformar la muy particular perspectiva que, por motivos congénitos pero también sociales, ya de por sí ha moldeado mi visión de mundo desde que tengo uso de razón. Y he de dar gracias, porque todo eso me ha impedido caer en la tentación de la «seriedad» [...]

[...] Cioran y Sartre –y atención: hablo del *primer* Sartre– son tan parecidos en tantos aspectos que casi, si no nos queremos poner excesivamente maniáticos, pueden ser metidos en el mismo saco. De lo que no cabe duda es de que Cioran puede ser calificado como pensador existencial o existencialista, y gira claramente en la órbita intelectual del primer Sartre, del mismo modo en que lo hace un Camus –otro, por cierto, al que Cioran odiaba; supuestamente porque en el breve y único encuentro que al parecer tuvieron, Camus osó no arrodillarse ante él y lamerle los zapatos– o un Céline. O tantos otros escritores y pensadores de esa época; porque aquello *formaba parte del espíritu de los tiempos*, y nadie, por muy original que sea, llega a ser inmune a la atmósfera prevaleciente en su entorno temporal (al margen, por supuesto, de que Cioran y Sartre ya partían de una visión de mundo muy similar; o por lo menos habían experimentado, cada uno siguiendo su propio camino y a su manera, las mismas turbadoras «iluminaciones» de clarividencia vital). El que se hizo famoso fue Sartre, por ser como era; si Cioran hubiera sido de otra manera, o si las cosas hubieran caído o encajado o se hubieran ensamblado de otro modo –si los mil pequeños avatares, sucesos y azares de la vida que conducen a estas cosas se hubieran configurado de un modo diferente–, es posible que el famoso, ya de antemano, hubiera sido Cioran; es posible que el padre de ese «existencialismo» al cual Sartre no hizo más que ponerle una más o menos dudosa etiqueta, hubiera sido el propio Cioran. Pero todo esto son especulaciones, y además gratuitas. Sabes bien que no pretendo venderle motos a nadie, y bien sabe Dios que nadie me paga por defender al pobre bizco e incontinente verborreico mental que era esa especie de monstruo que llamamos Sartre. Pero admiro al tipo, y

siempre lo admiraré. Por los dos cojones que tuvo y que retuvo hasta el día mismo de su muerte. Por su fundamental buena fe –Sartre era un cándido, me tienes que creer, sé de lo que hablo, es algo que no parte del análisis mental, sino de una fundamental empatía que atraviesa las barreras del tiempo y del espacio–, por su modélica manera de enfretarse consigo mismo, en un permanente proceso de autodemolición y reconstrucción, y sobre todo por su absoluta falta de vanidad. ¿Sabes lo que dijo Sartre de Céline, aun a sabiendas de que lo mínimo que el otro loco le deseaba era que lo despuelajaran vivo, lo cuartearan, y colgaran sus restos de la farola más cercana? «Es posible que el único de todos nosotros que sobreviva, y sea recordado, sea Céline». Esas cosas sólo te las hace un Sartre. Sartre carecía *literalmente* de ego. Y ya sé que ésa es precisamente una de las cosas que te sacan de quicio de él, y que te hacen describirlo como un monstruo, como una bestia sin alma. Y en parte es verdad; lo era. Pero por eso mismo es invulnerable. A Sartre no hacía falta, ni hace falta, que nadie lo atacara o lo ataque; ya se encargaba él mismo de demolerse, y es lo que siguió haciendo: «pensar contra sí mismo» hasta el final. A Sartre no le pilló el registro ni Simone de Beauvoir. A veces pienso que a Sartre no le pilló, ni le ha pillado nadie todavía, el registro. Sartre era una especie de sideral pasota que parecía interesarse por todo. Pero agarraba las cosas, las exprimía, las reducía a aguachirle, las escupía, y seguía luego alegremente su camino, buscando la próxima cosa que obliterar. Era, sí, una bestia. Pero una bestia parda. Uno de los pocos que sí parecen haberse medio enterado, por fin, es Bernard Henry Levy (no sé si ésa es la ortografía correcta pero no tengo tiempo ahora mismo de levantarme a comprobarlo), y es lo que más o menos viene a demostrar en ese tocho suyo, *El siglo de Sartre*, que se publicó el año pasado y que en su día recuerdo que te comenté con entusiasmo (no sé si te lo llevé a dejar y lo leíste finalmente o no; pero vale la pena). Sartre, como Bukowski, como Borges, como el mismísimo Cioran, ha sido también víctima de sus seguidores. Nadie se ha enterado de nada. Un monumental malentendido, entonces, como diría el propio Cioran, y con qué razón.

[...]

7-XII-2002

[...] todavía no he podido, con tantas movidas y además con la carga habitual de trabajo y malditos recados y tareas, que no se acaban nunca, hincarle el diente a todo el material filosófico impreso que he acumulado últimamente. Mis «estudios» han quedado interrumpidos antes siquiera de empezar con ellos. La verdad es que mi ambición es un poco absurda. No sé si echaré el freno e intentaré seguir adelante con un poco más de calma. Porque para colmo, se me ha ocurrido meterme a fondo en un poeta fascinante que conocía superficialmente desde hace mucho tiempo, y en el que ahora quiero sumergirme: John Berryman. Acabó loco. Se suicidó tirándose desde un puente en Mineápolis en el 72; puente en el que yo he estado. Su obra maestra son las *Dream Songs*, que quizá sea uno de los mayores monumentos poéticos en lengua inglesa del siglo XX. Es, para que te hagas una idea, como un desquiciado Pound en un viaje de ácido. Mezcla la más alta erudición con la más baja jerga barriobajera, y todo a través de dos áleres egos llamados respectivamente Henry y Mr. Bones. De hecho, su lectura en estos últimos tiempos influyó subliminalmente en mis poemas de Hugo. Pero sólo he leído una amplia selección que tengo de las *Dream Songs*, en una antología de Berryman que tenía pendiente de leer desde hace unos 15 años, pero ahora he pedido la obra completa (un tochazo de unas 500 páginas) y estoy esperando que me llegue. La verdad es que Berryman es la polla. Pertenece al grupo –o lo metieron en el grupo– de los llamados “confessionals”, que incluye a otra loca como Sylvia Plath, que se suicidó en Inglaterra metiendo la cabeza en el horno de gas de la cocina de su casa, mientras sus hijos dormían hemos de suponer que plácidamente en sus habitaciones. Estaba casada con el actual «poeta laureado» inglés, Ted Hughes, al que luego las feministas han puesto verde durante décadas, acusándole poco menos que de ser el culpable de la muerte de Plath, cuando lo cierto es que la tipa era una maníaca depresiva que estaba como una puta regadera. Y por cierto que aunque no es en modo alguno Berryman, su obra es interesante. Yo tengo sus *Collected Poems* en la estantería también desde hace años; desde una época que tuve en que me interesaron los “confessionals”, pero luego me desvié por otros derroteros y ahí quedaron. Pero a Berryman voy a volver con ansias renovadas. De hecho, acaricio [...]

también la lunática idea de verter las *Dream Songs* al español, en versión libre suigéneris, pero bueno, no sé en qué quedará eso. La cosa es que Berryman es endiablado de entender hasta para un angloparlante nativo. Pero no es un oscuro al uso; su oscuridad tiene fondo, y recompensa. [...]

17-XII-2002

[...] qué gran verdad, el que nadie te perdone que «vayas por libre». La verdad es que llega a ser preocupante. Yo sinceramente no comprendo cómo es que no lo entienden. La explicación, claro está, está en su mediocridad. Nadie que no sea un mediocre debería tener dificultades para comprender la absoluta y vital necesidad de soledad que tienen los grandes espíritus. Ciento es que a veces –sólo a veces– esa soledad llega a pesar, porque es como estar en un país en el que nadie habla tu idioma, y muchas veces oyes a un tipo chapurrear tu lengua y quieres creerte –te obligas a creer– que está en la misma onda que tú, y te lanzas, entusiasmado, a su encuentro. Y luego te das la hostia. Yo esto lo digo en ese aforismo de la primera parte de *Motores* en el que afirmo que me he pasado la vida buscando gente, pero que me pasa lo mismo que con la ropa; que nunca encuentro lo que me gusta, y que cuando creo encontrarlo siempre resulta que no es de mi talla. Pero de ahí mis súbitos entusiasmos, que nunca me creo ni yo. Es sencillamente la necesidad abrumadora que a veces siente uno de encontrar a alguien que *hable su mismo idioma*. Pero no hay nadie, claro está. Excepto en los libros. Cioran, Céline, Buk y demás. Con razón decía Hemingway que un escritor que lo sea de verdad sólo puede y debe medirse con los muertos. Yo creo que lo mismo se podría decir de un ser humano, de cualquier ser humano que lo sea de verdad. Lo cierto es que yo a veces creo que soy extraterrestre. No será para tanto, supongo, y cualquiera que me oyera me acusaría sin duda de soberbia. ¿Soberbia? No lo sé. Puede que sí. (Aunque *no es soberbia*.) Pero no lo puedo evitar. La coña es que mis altibajos, y mis mencionados súbitos entusiasmos, me meten en un berenjenal detrás de otro, y realmente ese fallo es el más grande que tengo, o el que más me hace sufrir. Pero no pierdo la esperanza de corregirlo, o al menos moderarlo.

[...]

2-II-2003

[...]

Yo ya estoy más allá de la literatura. Cada día más lejos. Wrapping up the turkey. Sigo escribiendo, y más que nunca, pero eso no significa nada. No hay nada que hacer. Ni aquí ni en Pernambuco. También sigo leyendo. Como un poseso. Tampoco eso significa nada. Soy como un cacharro al que se pasaron dando cuerda, y me queda –cuerda– para un buen rato. Puede que hasta para el resto de mi vida. Pero nada significa nada.

[...]

26-II-2003

[...] No todo se ha perdido después de destruir la más reciente versión de mi novela (y van cinco; una de ellas, que alcanzó unas quince mil palabras –y no sé si te lo había dicho– nada menos que en inglés). Pasar tantas veces por ese terreno ha dejado el material muy trillado, y eso es en parte negativo; pero no hay mal que por bien no venga, porque todos esos ejercicios me han servido para ir ordenando recuerdos en la cabeza, y perfilar su enfoque. Ya le estoy dando vueltas a una nueva versión, para cuyo abordaje me serviré probablemente del sistema de los «relatos encadenados»; cada unidad, autosuficiente, pero relacionada con las demás. El método de los compartimientos estancos conectados luego entre sí es el único viable para quien no dispone de meses libres de preocupación y trabajo por delante. Una vez le preguntaron a Raymond Carver, hacia el final de su vida, que por qué no había escrito nunca una novela. «Porque no he tenido tiempo», contestó. Hay que ajustar el molde al contenido, quizá; en lugar de intentar embutir unos contenidos en un molde que no les va. Además, la novela autobiográfica pura es peligrosa; una trampa que se acaba convirtiendo en farragoso y ombliguista cajón de sastre (es decir, cajón desastre). Y eso está muy bien, pero yo no quiero hacer un cajón de sastre. Esta vez no. Quiero escritura magra y afilada. Puede que esté violentando mi naturaleza de escritor, no lo sé. Yo nunca he sido un escritor «seco». Pero al fin y al cabo el que manda aquí debo ser yo; lo demás son muchas veces

cuentos chinos para intentar racionalizar lo que no es más que vagancia y dejadez.

[...]

2-III-2003

[...]

Adoro a ese tipo [el psicólogo británico R. D. Laing]; ha sido un reciente descubrimiento clave. El ponerme de hecho con su obra, quiero decir; porque sabía de él desde hacía años, y llevaba mucho tiempo queriendo leer algo suyo. A mí se me quedó grabada una entrevista que vi con él en televisión, estando en Inglaterra, a principios de los 80. Él vivía todavía. Recuerdo que me flipó, aunque por desgracia ya no recuerdo casi ningún detalle de la entrevista. A excepción de que decía por ejemplo que los sentimientos normalmente considerados «malos» o «negativos» también los albergamos, todos nosotros, nos guste o no y por mucho que hablar de ello sea tabú, hacia nuestros supuestos seres más queridos. Padres y madres que sueñan con matar a sus hijos, y viceversa. Marido y mujer que se odian en silencio; hermanos que se descuartizarían vivos si los dejaras, si dejaras que aflorara en ellos la bestia que llevamos dentro. Y cuando vi al tipo decir aquellas cosas me quedé definitivamente con él. Es muy curioso porque esas cosas que decía Laing forman un poco parte de ese elemento de mi propia obra que tiene que ver con verbalizar lo que todo el mundo está pensando pero nadie se atreve a decir, aireando los trapos sucios que muchas veces se ocultan en los recovecos más siniestros de nuestra mente y nuestras emociones. Y empezando, por supuesto, por mí mismo. Ésa es precisamente, y como tú bien sabes, una de las cosas que echan para atrás a la gente ante mi obra. Se cagan porque se ven reflejados con escalofriante precisión justo en el momento en que se acaban de bajar los pantalones y pensaban que nadie estaba mirando. De hecho, ése es el maldito *quid* de todos mis problemas. Tiro a matar. Aunque bien sabes tú que no lo hago con propósito premeditado alguno de escandalizar, que es otra cosa por cierto que nadie acaba de comprender. Lo hago porque no puedo evitarlo; porque tengo que hacerlo; porque tiene que ser así, porque toda esa mierda tiene que ser sacada del armario, o de debajo de las escaleras o de la alfombra.

Y ésa es, claro, mi perdición. Pero en ello seguiremos. Hasta que venga la muerte y nos dé por el esfínter del bul.

La destrucción de mi novela prácticamente ya la he olvidado. Si quieras que te diga la verdad, hacer locuras así me produce un extraño y perverso placer. Es como escupirle a la cara a la literatura, y escupirme a la cara a mí mismo. Poner las cosas en su sitio. Es siniestro, casi. Cuatro meses de madrugones, horas y horas de teclado, y un resultado que no estaba pero que nada mal, y de repente, al carajo. Así. Porque me sale de los cojones. No sé muy bien cómo explicártelo. Pero ¿qué manera puede haber más indicada para demostrarse a sí mismo que, en efecto, nada tiene importancia? Que un escritor destruya así sus obras sólo es comparable a una mujer que mata a sus hijos. Bueno, pues yo lo puedo hacer. Y me quedo tan ancho. Y agarro la maza y vuelvo a empezar. ¿Qué cojones pasa? ¿Acaso creéis que no hay más mierda del mismo tipo justamente en el mismo lugar en que fui a buscar ésa? Pues sí. Y si me sale de los huevos de aquí a tres meses os pongo otro mamotretos en la mesa. Y luego otro. Y otro. El que tenga cojones, que se saque de la manga 85 mil sacrosantas palabras y que luego las tire por el desagüe. Pero no hay cojones. No tienen cojones ni para eso. Lo gracioso de todo esto, claro está, es que acaba por no demostrar nada, porque al fin y al cabo sólo me entero yo. Pero al fin y al cabo también es cierto que al único al que me ha interesado nunca demostrarle nada es a mí mismo. De modo que así el círculo se cierra, y hemos terminao. Carretera, que hay prisa. I'll write the fuckers under the table yet.

[...]

12-III-2003

[...]

Lo de Pessoa [*El libro del desasosiego*] lo compré en librería, me dije vamos a hincarle diente a esto, me pongo con ello, se me cae el alma a los pies y el libro de las manos. BASURA. SOY ALÉRGICO A ESE HIJO DE PUTA, LO TENGO YA ARCHICOMPROBADO, Y NO VUELVO A CAER MÁS. Claro, luego echo vistazo, veo que se lo endosa al Soares o no sé qué hostias de heterónimo. ¿Por qué ese hijoputa nunca escribía CON SU

PROPIO NOMBRE Y PROPIOS COJONES? Me saca de quicio. Es todo falso; huele a falso; suena falso. No me sorprende que Pessoa no publicara en vida. Es un muerto viviente. Un cuento chino. Una estafa. Lo mismo se puede decir hasta cierto punto de gran parte de Kafka. LITERATURA MUERTA, PUESTO QUE NO INTERACTUÓ CON SU TIEMPO. No se pueden dejar las cosas para la posteridad. No funciona. Huele mal. Huele que escama. Huele a cerrado, a polilla, a mierda. Prefiero un mal poema manoseado por el tiempo que una supuesta «joya desconocida» encontrada en un desván. En fin. Otro asunto para esa larga lista de posibles asuntos de tesis doctoral que acumulo en la memoria desde hace décadas.

[...]

15-III-2003

[...]

Aquí va un par de cosas (de/para cuaderno de bitácora en curso):

Hay frases que lo resumen todo. Ésta, por ejemplo, leída en Papini (*Gog*): «Tengo miedo de haberme equivocado de planeta».

14.03.03, una de la mañana.— Odiaba Gijón, y sin embargo allí estaba establecido. Madrid no la odio, pero aquí estoy descolocado; la palabra exacta es *dislocado*: fuera de lugar. ¿Hay vuelta atrás, ahora? No lo sé. El mundo lleva décadas, siglos, cambiando a marchas forzadas; pero ahora ese cambio se ha intensificado vertiginosamente de la noche a la mañana. El euro, la globalización...; conceptos en buena medida artificiales, sin duda. Pero que han alterado, como un espantoso maquillaje, la *cara de las cosas*, hasta hacerla instantáneamente irreconocible. La idea de pagar 30.000 pesetas al mes por el alquiler de un piso parece hoy tan remota como la Edad Media; sin embargo, eso es lo que pagábamos en Gijón hace tres años y medio.

El mundo se me ha venido abajo. Es como cuando dejé de beber, sólo que peor. La literatura es mi vida desde hace más de dos décadas. ¿Cómo dejar a estas alturas de escribir? Pero ¿cómo seguir escribiendo? Más que nunca me siento como un extraterrestre. Sin posibilidad ya de volver al lugar al que pertenezco o pertenecía. Si es que alguna vez existió ese lugar.

[...]

14-IV-2003

[...] he dicho muchas veces, como bien sabes, que estaba «acabao». Pero uno a veces dice las cosas por pasar el rato, y por retórica, que es finalmente lo que nos pierde. Porque al fin y al cabo uno es escritor. Uno podría liberarse de todos sus problemas pero no quiere; porque tiene que escribir, y cuando uno es feliz no escribe. Uno es como Jesucristo; tiene que colgarse en la cruz por su propio bien y por el bien de los potenciales lectores. La clave es saber que uno está en la cruz, y poder subirse y bajarse cuando y como quiera. Todo esto no es en el fondo más que un GIGANTESCO JUEGO. Pero es divertido. Y la dicha de dar con una sublime epifanía cegadora, de éas que te saltan encima desde página o pantalla en los mejores momentos, vale por todos los esfuerzos. Somos cazadores de epifanías. La delicia está en la práctica de las cosas. El antes y el después no importan un carajo. Importa este momento. Salvarse, como bien decía Buk, en cada línea. [...]

25-IV-2003

[...]

Hoy he comprado un librito cojonudo de Leopoldo María Panero, de fragmentos, titulado *Prueba de vida: autobiografía de la muerte*, y el primer texto dice lo siguiente: «Desde hace tiempo tengo una mujer, llamada orujo, llamada cazalla. Los alcohólicos necesitamos compañía, pero la bebida nos deja solos. Solos con el amanecer, y con lo que yo he llamado en mis poemas “la jauría atroz de los recuerdos”: recuerdos de interminables torpezas, de desastres, de gestos que sólo el alcohol nos hace ejecutar». Cómo da en el clavo, el menda. Leopoldo M^a Panero es junto con Malcolm Lowry el escritor que para mi gusto más certeramente ha escrito sobre el alcohol. Da en el puto clavo del asunto, con esos delirantes fogonazos suyos de loco, como casi nadie que yo conozca o haya leído. El tipo te pone los pelos de punta; sobre todo si sabes *exactamente* de lo que está hablando. La apoteosis absoluta, total, es

su poema «La canción del croupier del Mississippi» [...] La verdad es que el mejor Panero es la puta hostia en verso, y nunca mejor dicho. Lo que yo hago es bien distinto de lo suyo, pero tiene poemas y fragmentos de una genialidad delirante y total. Se sale, el menda. La locura lo salva porque lo desinhibe por completo, y le confiere ese candor brutal que estalla en auténticas explosiones de epifanías como cegadores estallidos de pura dinamita emocional. Es una pena que lo hayan convertido en un monstruo de feria, y que por otra parte hayan construido alrededor de su figura y su obra toda una ceremonia intelectual de confusión de la velocidad con el tocino, y del culo con las témperas, con todos esos sesudos y farragosos estudios y ensayos que pretenden interpretar su metapoético «mensaje», pero que yerran tan lamentablemente el tiro. Porque con Leopoldo M^a Panero no se han enterado tampoco de la fiesta. Hay una determinada banda de gente en este país que lo ha tomado por representante y emblema, queriendo arrimar el ascua de la obra del tipo a su particular y putrefacta sardina hermenéutica, pero que no ha pillado el registro ni de coña. Otro malentendido, que diría Cioran.

[...]

La verdad es que casi prefiero no leer lo que escriban sobre mí. Por lo del «realismo sucio», entre otras cosas. Tengo la sensación de que aunque yo mañana publicara el puto *Ulises* revisitado, seguirían con la murga del «realismo sucio» y de mi «renovación de la poesía española de los 90 con la introducción de temas y registros avulgarados y etc. etc. y bla bla bla». Lo cual en cierto modo –a pesar del inevitable malentendido y de que en realidad no se acaban de enterar– está muy bien. Pero tienen que aprender que uno sigue escribiendo, y viviendo, y madurando y avanzando como escritor, y dejando cosas atrás, y entrando en áreas nuevas. En el *Nostradamus* y en *Motores* se advierte ya claramente mi proceso de migración. Y en *El Arte*. Pero no. Eso es demasiado complicado. Dale que te pego con la etiquetita de los huevos. Claro, es mucho más cómodo. Y se evitan tener que seguirle la pista a uno. Prefieren dejarlo visto para sentencia y enterrado. Aunque sea, en su caso, con elogios. Una forma como otra cualquiera de neutralizar a un autor, y sacarlo de la circulación, y disecarlo vivo para que ya no dé más la guerra, por mucho que pueda seguir escribiendo. Es desesperante, pero no se puede hacer nada, salvo seguir en la brecha. E intentar no leer nada que escriban sobre uno y simplemente no hacer caso.

[...]

3-VII-2003

[...]

Si desde hace algún tiempo escribo tan sólo fragmentos, y he llegado incluso a destruir –como de hecho hice hace poco– esbozos narrativos que gracias a un inmisericorde esfuerzo de la voluntad habían llegado a ocupar más de trescientas páginas, es porque en esta época, sabiendo lo que ya sabemos sobre el inminente destino de la humanidad, resulta prácticamente imposible mantener vivo el poder de la convicción por espacio de más de unos cuantos párrafos. Todo escritor que hoy en día insista todavía en las distancias largas solamente puede hacerlo por uno de dos motivos: por ganar dinero –empeño que por otra parte es enteramente legítimo– o porque su capacidad para el autoengaño raya en el delirio.

[...]

16-VII-2003

[...]

Proust está muy bien, pero no es exactamente mi hombre. Aunque todos, en mayor medida y nos guste menos o más, salimos de alguna manera de ahí. Proust convirtió más que ningún escritor anterior a él la vida en libro y el libro en vida. Y muchos que vinieron detrás hicieron exactamente lo mismo; ¿qué es Henry Miller, si no una especie de Proust degenerado, en versión heterosexual? El propio Bukowski (¡y si me oye le da un ataque!) sale también de Proust, lo hubiera leído o no. Porque somos esclavos de nuestro tiempo; y Proust encarna como nadie nuestro tiempo. Mañas me dijo una vez que si a Sartre le llegan a dar un ordenador hubiéramos tenido que salir todos cagando leches; es posible que Proust con un ordenador también hubiera perdido la cabeza (desde luego es muy posible que si hubiera escrito con un ordenador sería –entonces sí– completamente ilegible). Umberto Eco se refirió una vez a la naturaleza «proustiana y maturbatoria» del ordenador, y yo le di caña por ello en uno de los fragmentos iniciales de *Monos*; pero

Eco tenía razón, y yo tendría que haberme callado la boca (porque para colmo sabía lo que Eco quería decir; pero en ese momento preferí salirme por la tangente con un exabrupto descalificador de los que entonces lanzaba a diestro y siniestro sin pensármelo dos veces y sin mirar a quién. En el fondo lo que Fulano o Mengano dijeron o dejaran de decir era lo de menos; a mí lo que me importaba entonces era sobre todo mi odio; mi propio odio, separado ya casi de su supuesto objeto, que no hacía las veces más que de chispa).

En fin, a lo que iba: que Proust está muy bien, y que mis intentos de macronovela autobiográfica eran muy loables, pero cada vez lo tengo más claro: no creo que escriba esa novela. Sería violentar mi propia naturaleza de escritor, porque aunque yo le deba mucho a Proust por el sencillo motivo arriba mencionado de que Proust es la encarnación de todos nosotros y de nuestro tiempo, yo por suerte o por desgracia y a pesar de todo no soy Proust. Debo seguir mi camino. Ese camino que en estos años he estado a punto de perder y todavía no sé muy bien si he recuperado; soy, como sabes, un hombre dislocado, que ya nunca volverá a ser quizá el que era. Pero el fragmento es el único camino que ahora me queda abierto; junto con la poesía, quizá, si es que decide volver algún día en forma de flujo continuo.

[...]

3-VIII-2003

[...]

Sí, esto de los móviles es como todo lo demás: otro hilo de la gran telaraña virtual en la que nos estamos enredando en nombre del progreso tecnológico y de la supuesta comunicación. Internet; el correo electrónico; la informática en general. Estamos plenamente inmersos en la macdonalización. Creando nuestras propias jaulas. Nos están dando cuerda y al final nosotros mismos nos ahorcaremos. Es de una perversidad que si no fuera lamentable sería admirable. Por cierto que hablando de macdonalización, en «Escrito con la lengua» aparece tantas veces el término –acuñado por un sociólogo norteamericano llamado George Ritzer– que creo que en el mencionado cuaderno de bitácora en curso voy a introducir un fragmento que explique con un poco más de detalle mi particular

versión del fenómeno al que alude el feliz neologismo. Se me ha ocurrido recientemente que el ejemplo más perfecto de macdonalización es tan viejo como el hombre: la familia. La familia es la macdonalización avant la lettre; el enjaulamiento en estado puro. Y es el vehículo perfecto, por supuesto, para la canalización de la permanente necesidad creada en que se basa nuestra moderna Era del Consumo, que con tanta insidiosa nos esclaviza apelando a los viejos fantasmas psicológicos de la seguridad, la estabilidad y la supuesta necesidad de previsión. Todo ello combinado con una sabia manipulación de la culpa, el remordimiento y la noción de la responsabilidad moral. Es terrible pensar lo, pero ya es un hecho: vivimos en una gigantesca cárcel planetaria de nuestro propio diseño y construcción. ¿Es ésta la sociedad de los esclavos satisfechos de la que hablaba Nietzsche? Habría que decir que sí. Habría que decir que el futuro ya está aquí.

[...]

24-VIII-2003

[...] ayer me senté a escribir entre una cosa y otra [...] y acabé aquí enfrascado durante seis horas delante del cacharro, intentando cuadrar un fragmento que se me hipertrofió y acabó hinchándose como un grano purulento que finalmente derramó más de 1.700 palabras, casi todas ellas enteramente inútiles, por la pantalla. Estas cosas pasan de vez en cuando, sobre todo cuando entro a pelo vía ordenador, sin que medie rumia previa y posible borrador manuscrito en cuaderno *ad hoc*. Un texto de diez cigarrillos –yo mido el trabajo escrito de cada día en términos de cigarrillos, o lo que es lo mismo, de *capital de salud*, que podría decir un Sartre–, no veía ni la puta puerta cuando lo acabé –o lo casi dejé por imposible–, y luego hoy me he vuelto a poner con él y creía que iba a tener que desecharlo, pero al final he podido aprovechar unos párrafos, y la cosa se ha quedado en dos fragmentos diferentes, medianamente potables, que totalizan unas mil palabras. De modo que al final no todo se ha perdido. Y hoy he leído un pasaje de Maugham, perteneciente a un libro de textos misceláneos que por fin me llegó el otro día tras seis semanas de espera, y me ha parecido que tenía bastante que ver con la lucha a brazo partido de ayer. Dice así:

Long experience has taught me that, when you set out to write a piece and can't think what to say, the best plan is to leave it to your fountain pen. [...] it will generally settle down and write something that at least looks like sense. [...] it knows that the typewriter can't do this, and it knows that the typewriter, once it starts, goes on and on intoxicated by its own facility.

Habría que aclarar que yo no uso la pluma, o el lápiz (cuando escribo a mano lo hago a lápiz; como se supone que hacían los antiguos periodistas) tanto como quizá debería; y decir que si lo que afirma Maugham se cumplía ya para la máquina de escribir, se cumple elevado a la enésima potencia para el ordenador. Y no sé si el género en que más peligrosa puede llegar a resultar su intoxicación de fácil verborrea no será precisamente el ensayo, donde hay que hilar finísimo y decir exactamente lo que uno quiere decir, y no otra cosa, y donde se están barajando nociones más abstractas que en narrativa, y mucho menos susceptibles de licencia que en poesía. Cuando escribes ensayo tienes que atinar justamente en la cabeza del clavo; una décima de milímetro de error y la has cagado. Por eso resulta necesario un dominio del lenguaje, en ese género, mucho más perfecto y mejor que en ningún otro; y los filósofos, y muchos ensayistas, han cojeado precisamente ahí. Sobre todo los filósofos, que normalmente arman un desaguisado que no lo entienden, como ya sabemos, ni ellos. La banda francesa de los años 60 es el paradigma de lo nefasto en ese sentido.

Y ahora ya no sé por dónde iba. Vía una leche que el ventilador del trasto este no ha parado de funcionar desde que empecé. Y dando tumbos digitales con las teclas, porque estoy usando el teclado incorporado del propio portátil, y no uno expandido externo. Lleva un tiempo acostumbrarse a este minúsculo teclado. Y luego tiene uno miedo de zurrarle demasiado fuerte porque parece de juguete. Yo a los teclados les suelo dar unas hostias que paqué (cuando escribía a máquina, sacabas el folio del rodillo y los puntos de las íes y las jotas, y las comas y los puntos del texto, habían atravesado el papel).

[...]

28-VIII-2003

[...] Por cierto: hablando de Roma se me ha venido a la cabeza el latín, y la expresión que también se utiliza en inglés para describir la peculiar manera en que algunas personas responden a una pregunta con una respuesta que no tiene nada que ver con lo que se les ha preguntado. Se suele decir que esas personas responden con un *non sequitur*. Es decir, con algo que *no se sigue*; o sea, que no encaja, que no tiene que ver. Eso es justamente lo que pretendía yo decirte el otro día hablando de Pla. Es un maestro involuntario del *non sequitur*. Puede que eso sea en parte problema mío –las limitaciones de comprensión del lector también cuentan en estos casos–, o que tenga que ver con las traducciones del catalán. Curiosamente me pasa también con gente como Maugham, y a veces hasta con Nietzsche. En ensayo o filosofía supongo que es frecuente que suceda, puesto que se están barajando conceptos muy particulares y el autor está tan metido en lo que quiere decir que a menudo da por hecho que los demás saben a dónde quiere ir a parar. Porque lo que ocurre es justamente eso: que no sabes a dónde demonios quiere ir a parar el autor. Si buscas *non sequitur* en un diccionario inglés, te viene, con la siguiente definición: “A statement in which the conclusion does not follow from the premises”. Habría que españolizarlo cambiando la cu por una ce y añadiéndole una ese para formar el plural: nonsecuitur (¿nonsécuitur?)/nonsecuitures. Es un término muy útil, que me gustaría añadir a mi vocabulario ensayístico habitual. Hay otro muy corriente, y no menos útil, que ya tengo también patentado: el sinecuanon. Plural, sinecuanones... Al final voy a tener que ponerme en serio a estudiar latín. [...]

Los *Cuartetos* de Eliot son sublimes, o así al menos los recuerdo. Hace veinte años que los leí. A mí Eliot me chiflaba. Llegué a saberme trozos enteros de *La tierra baldía* de memoria. Tengo que regresar a él uno de estos días. *April is the cruellest month, breeding/ Lilacs out of the dead land, mixing/ Memory and desire, stirring/ Dull roots with spring rain.* A ese arranque de *La tierra baldía* hace referencia mi poema de *Hablando de pintura* «Seguro que a Eliot no le pasaban estas cosas». En el poema hablo de una situación tan insopportable «como tres gerundios al comienzo de un poema», que supuestamente es el de Eliot. Sin embargo, nunca

me resultó insopportable *The Waste Land*. Muy al contrario. Es uno de los grandes poemas en inglés del siglo veinte. Sabrás que Pound le metió mano de arriba abajo, por cierto. De ahí la dedicatoria de Eliot: “For Ezra Pound, *il miglior fabbro*”. Es decir, «el mejor artesano», si no me equivoco... Culturilla, que decía un cura que nos daba clase de inglés hace años, cada vez que terminaba una de las largas digresiones en las que se solía embarcar en clase, y que podían tratar de cosas que iban desde el sistema electoral norteamericano al origen de la palabra *biscuit*.

[...]

27-X-2003

[...]

Lo confesional. Todo en esta vida es confesión u ocultación. La literatura es un juego en el que ambas cosas se mezclan, solapan y confunden. Escribir es hacer estriptis anímicos y emocionales. La buena literatura es la de los que gritan cuando se queman. (Modificaré esa oración: hay cierta buena literatura que surge del grito desnudo y descarnado de quien se quema.) Gritar no es quejarse, y eso conviene recordarlo. A mí me gusta pensar que buena parte de mis textos y de mis manifestaciones vitales y artísticas –y en cierto modo todas mis manifestaciones vitales son también manifestaciones artísticas– pueden describirse como gritos, o más bien aullidos, de un hombre que se quema. [...] Yo también confieso y me confieso. Y así seguiré, *so help me God*, hasta el día en que me arranquen las falanges del teclado para arrastrarme, en palabras de Sábat, con la ayuda de la fuerza pública al otro barrio.

Sobre la *obsesión*, véase el párrafo anterior. Sí, efectivamente: *sólo la obsesión nos puede hacer libres*. Un hombre que no esté de alguna manera *poseído* es un hombre que no puede estar vivo; un hombre que en el mejor de los casos no será más que un cadáver deambulante. Véanse también en este sentido mis párrafos sobre la *pasión* en OGMM. Pasión, obsesión, compulsión, sed, hambre, búsqueda, registro, indagación, persecución, lidia, lucha, combate, pugilato, página, gloriosa PALABRA, líneas que se suceden quemando pantalla y papel, sístole y diástole, inhalación, exhalación... pura vida sin cese y sin cuartel, hasta el día de nuestra

muerte y más allá, en las abisales esferas intergalácticas en que girarán por los siglos de los siglos nuestras motas de polvo cósmico reduciéndose a la nada, hasta que la galaxia entera y el universo mismo estallen hundiéndose sobre sí mismos para renacer de nuevo, y poner en marcha una vez más la gloriosa pesadilla. Porque no hay principio ni fin, y como dijo Eliot en mi principio está mi fin y todo fin es mi principio y cada día volvemos a nacer.

[...]

7-XI-2003

[...] lo que tengo es una sensación básica de final, de acabamiento; pero no ya míos, sino del mundo tal como lo concebimos. Esto se va intensificando con el paso del tiempo. Es una sensación, por momentos, de infinita tristeza, que curiosamente tiene mucho de poética y me sintoniza de manera particularmente lacerante y aguda con mi entorno físico. Me refiero al entorno de *las cosas*. Juan Ramón Jiménez tiene un poema que leí hace muchos años sobre el mudo patetismo de las cosas, de los objetos que nos rodean, que a veces parecen querer romper su silencio forzoso para transmitirnos su pena, su cansancio, su hastío, su final resignación, que son por supuesto los que nosotros mismos vamos dejando en ellos, porque es en esos objetos que nos rodean donde se va acumulando y desvaneciendo nuestra vida. Los objetos son testigos mudos de todo lo que hemos ido siendo. Yo cojo mi pluma, mi mechero, la funda de mis llaves, miro mi maletín de cuero, paseo los ojos por mis libros, me fijo en mis zapatos, la corbata o la camisa que llevaba puestas y que acabo de quitarme, este viejo jerséi de lana con un agujero en una de sus mangas... y una tromba de recuerdos varios se me viene a la cabeza. Me hablan, todas esas cosas, del hombre que ha ido pasando por ellas para convertirse en el hombre que ahora es; y cada una de ellas –sobria, tierna, entrañable, elemental, pegada al hilo verdadero de la única existencia que importa, pero en cuyo curso nunca nos fijamos mientras sucede– guarda imágenes de episodios, de personas, de encuentros y desencuentros y alegrías y sufrimientos que ya nunca volverán, pero que están ahí grabados como en un triste palimpsesto de mis años. Y mi pena es más grande que nunca. Bukowski dice que si coges el traje y los zapatos de un hombre

muerto y los extiendes sobre una cama tendrás que desviar la mirada y salir corriendo de la habitación, porque la angustia que te sobrecoge puede llegar a matarte. (Onetti, por su parte, dice en algún sitio, refiriéndose a un personaje, que «era un hombre hecho; es decir, deshecho».)

Miro cada vez más el sol en las ventanas, en las ramas cobrizas de los castaños de los parques, en los rincones de las piezas en las que me siento con una taza de té a fumar un cigarrillo y considerar el inmenso peso del tiempo detenido sobre mí. El peso del mundo. El peso de las cosas. Y su tristeza infinita. Y su infinita aunque tantas veces humillada dignidad.

Este estado contemplativo del que voy siendo presa cada vez más propicia y voluntaria trasciende cualquier afán creativo, y de hecho es la antítesis de todo movimiento, de todo desvelo, de toda labor. Es un pasmo y un éxtasis. Es la poesía no escrita, la poesía en estado puro, primigenio, germinal, la poesía que cualquier intento de registro léxico deshace como un manotazo disuelve y disipa una delgada voluta de humo atrapada momentáneamente en un haz de luz.

Sólo lo que no es *decible*, se me ocurre, es verdadero. Atrapar las cosas con palabras es abrazar espectros. *Decir la vida* es terminar abrazado al recuerdo vacío de uno mismo. Somos, todos nosotros, impenitentes masturbadores de nuestras propias emociones perdidas.

[...]

Veo la calavera de la muerte bajo el rostro inocente de todo aquello que me mira: Noelí, mi hija, la voz –que también, de alguna manera, me contempla– de un amigo que me habla por teléfono, la máscara impenetrable e *histriónica* en el más puro sentido de la palabra de una médica que me conmina a dejar de fumar, las caras de las personas que me rodean cuando trabajo, los bustos parlantes de los intérpretes que llenan de ruidos desprovistos de sentido las cabinas de traducción en las que día tras días pierdo absurdamente mi vida, los fantasmas que en sueños vienen a visitarme, el recuerdo de la mirada de mi madre, el gesto con que en mi memoria me entrega mi padre un tazón de café con leche a primera hora de la mañana, en nuestra casa de Alicante, y me dice que me levante, que ya es hora de marcharnos al colegio... Todo es igual. Todo es intercambiable. Todo es agua que se perdió en el mar. Todo se ha convertido en esa desvanecida *luz usada* de la que hablaba Biedma en un poema.

Todo es vanidad y anhelo de viento, como dice el Eclesiastés.
[...]

4-XII-2003

[...]

Llevo varios días en locus otra vez, recuperando poco a poco los saludables hábitos de lectura, reflexión y escritura. Estoy con el segundo tomo de *En busca del tiempo perdido*, y luego resulta que anteayer en una librería de Gijón me topé con el –o los– *Minima moralia*, de Adorno, y me acordé de tus citas en la edición crítica, y de lo mucho que me habían gustado, y lo pillé, y ya tengo bastante avanzada su lectura. Al principio me mosqueó un poco con el asunto de la palabra burgués cada dos líneas y el tufillo marxista y la terminología rojeril, y además la traducción da un poco por culo –o es que Adorno jugaba a la ambigüedad premeditada–, pero luego he ido entrando y el tipo es de ponérselo delante y escucharlo. Buen material, sí señor. Muy buen material. Tengo las 40 ó 50 páginas que llevo leídas bien subrayadas y anotadas al margen. Es curioso: me he vuelto a encontrar reflexión tras reflexión a las que yo ya había llegado por mi cuenta y otros derroteros, y de hecho algunas de mis notas me remiten a mis propios libros (HUG, OGMM). Ese Adorno le daba a la chola como está mandado, y no se hacía ilusiones ni se dejaba atrapar por sus propias trampas. Ha ido creciendo para mí a medida que lo iba leyendo. Ha sido un gran descubrimiento, ese volumen; un libro que intuyo que será *importante* en mi trayectoria de lector. Posiblemente un *hito*. [...] Yo a Adorno no lo tenía demasiado bien ubicado. Me sonaba a plasta consabido, pero no. Por cierto: leyéndolo, pienso muy a menudo en Sábat y sus ensayos.

He retomado mis fragmentos. El libro en curso («Escrito con la lengua») va creciendo. Estoy ahora numerando los aforismos e intentando ponerles título, cosa de la que en el pasado había desistido después de planteármelo alguna vez, y que me está dando bastantes quebraderos de cabeza, porque no es lo mismo *pensar* un fragmento sabiendo de antemano que lo vas a titular que volver luego a posteriori e intentar ponerle título. Yo a lo largo de todos mis ensayos ficción he titulado o no los fragmentos, según me diera, y el ejercicio de titulación más serio lo hice por supuesto en la tercera

parte de OGMM, pero había vuelto a dejar de hacerlo porque uno es perfeccionista y quiere que todos los títulos cuadren como un guante, y sean polisémicos e intertextuales e ingeniosos y den en todo momento juego, y claro, no siempre se acierta o puede acertar, y al final estaba pensando que puesto que no podía alcanzar la perfección en todo momento en el difícil arte de titular un aforismo —que es mucho más difícil si cabe que titular un poema o un cuento—, pues que lo iba a dejar estar. Pero Adorno titula y leyendo a Adorno me volvió a surgir la tentación de regresar a lo mío y ponerme a titularlo. Y en ello estoy. Añadiendo también nuevos fragmentos, y constatando la desigualdad del trabajo que tengo desarrollado hasta la fecha. Y lamentándome todavía por todos esos episodios de destrucción de los últimos tiempos. El material perdido era de la más alta calidad, y si lo tuviera ahora disponible el tocho iba a ser considerable. Pero qué le vamos a hacer. A ver si me sirve de lección.

He más o menos decidido que he entrado en una fase de lo que he dado en llamar «producción sin edición». Paul Valéry se pasó dos décadas sin publicar, y él lo llamó su etapa de «trabajo sin obras». Mi meta es tirarme un par de décadas acumulando fragmentos y luego descargarlos, si el mundo y la maquinaria editorial y las posibilidades de publicar y yo mismo seguimos más o menos sanos y salvos y estamos aquí para contarla, en forma de monumental tochazo o tochazos monumentales varios. La idea me gusta mucho. Puedo ir sacando cosas sueltas por aquí y por allá, pero la idea de concentrarme en esta fase de producción silenciosa durante o quince o veinte años me fascina y entusiasma. Será como un acto de rebelión contra la producción vacía y hueca de estos tiempos; un gesto verdaderamente radical, que al mismo tiempo servirá para ir haciéndome cada vez más fuerte. Trabajare en el fragmento y en la prosa poética, con la que contemplo u acaricio un proyecto similar, ya en marcha en un libro en curso, que salió del germen de lo que llamaba y aún llamo «Telegramas», varias de cuyas muestras te fui enviando desde Madrid hace meses. Luego está también el proyecto de largo novelón autobiográfico, pero eso es algo que se ha abortado tantas veces que no sé si será porque no está realmente previsto que lo saque adelante nunca. Volví a él por enésima vez en el mes de agosto en Madrid, y tengo algunas páginas escritas. Las releí el otro día y no estaban mal. La novedad es que me remontaba directamente

a la infancia y volvía a empezar por ahí, y que los episodios eran cortísimos, casi telegráficos. Pero cada vez que quiero sentarme a seguir con ello algo, una especie de mano negra, tira para atrás de mí y me hace pararme. No sé lo que es. Ya sabes que hasta tenía título para la saga, que comprendería varios tomos: «Las cosas que un hombre ha hecho». Vamos a ver, vamos a ver. Es fundamental seguir –entre salto y salto por la geografía– en locus. Es fundamental seguir como pueda en locus.

[...]

23-XII-2003

[...]

Madrid es uno de mis muchos focos de nostalgia. Es un problema que tengo: demasiados lugares que recordar. Demasiados lugares que añorar. Demasiados lugares en los que estar bien cuando no estoy. Alicante, Inglaterra, Asturias, Madrid... Demasiados cielos; demasiadas luces; demasiados jirones de piel. Soy un ser instalado en el desarraigo. Dámaso Alonso y yo nos hubiéramos llevado bien. ¿No fue él quien acuñó lo de la «poesía del desarraigo»? *Madrid es una ciudad de más de un millón de muertos...* Si vuelve a la vida, se caga en los gayumbos, el menda. Si aquello le parecía el horror, quiero decir. Laing, citando a Heidegger de memoria (cita jamás localizada, ni por Laing): *The awful has already happened*. Sí, lo atroz ya ha sucedido; y todos los poetas lo son del desarraigo. Te voy a adjuntar a continuación un fragmento recién salido del horno (y por lo tanto sujeto a nuevas y mejores cocciones):

La salud mata.– En *El hombre para sí*, Erich Fromm describe las características generales de lo que él llama la personalidad «improductiva» (y que en términos vulgares se suele conocer como «negativa»): inmadurez, agresividad, egoísmo mal entendido, afán de posesión, destructividad... La lista no acaba ni mucho menos aquí, y podría añadirsele un sinfín de atributos más. Lo curioso de todo esto es que si uno se para a examinar las biografías de buena parte de los más grandes creadores de la historia, constata que todos ellos exhiben en mayor o menor medida esas características, y muchas otras peores todavía. Y sin embargo es el artista el que por encima de todos y de todo lo da todo de sí. Los motivos que le impulsen a hacerlo carecen en último término de importancia; el producto

de sus esfuerzos arroja luz sobre las vidas de sus congéneres, y a menudo contribuye a justificarlas. He ahí la paradoja del artista: paradigma de carácter humanamente «improductivo», que se inmola a sí mismo en el infierno de mal karma de su propia condición, llevándose en no pocos casos por delante a muchos de sus más próximos seres queridos, para iluminar con su obra la memoria colectiva de una especie que raras veces le comprende y a la que en su conjunto odia o desprecia, y de la que de hecho se suele considerar que constituye una manifestación aberrante y esencialmente gratuita.

Pero la mencionada paradoja, como tantas veces ocurre cuando las cosas se someten a escrutinio, resulta no ser tal. En las últimas páginas de *El hombre para sí*, el propio Fromm vuelve sobre su definición central de la neurosis, para reiterarla en los términos siguientes: «Toda neurosis es el resultado de un conflicto entre las facultades intrínsecas del hombre y aquellas fuerzas que bloquean su desarrollo. Los síntomas neuróticos, como los síntomas de una enfermedad física, son la expresión de la lucha que la parte saludable de la personalidad opone a las invalidantes influencias dirigidas contra su despliegue». De lo cual cabe concluir que la neurosis es en realidad una señal de buena salud; un imbécil difícilmente podrá ser un neurótico. El artista es un individuo cuyo exceso de salud le lleva precisamente a querer manifestar sus pulsiones creativas; pero esa manifestación ha de tener lugar en el contexto de una sociedad básicamente enferma, que hará todo lo posible por obstaculizar como sea su labor. Si la vida de todo ser es de por sí una lucha por la supervivencia, la vida del artista lo es por partida doble. El arte verdadero es una guerra en la que por suerte o por desgracia el artista lleva siempre las de perder.

[...]

Blas de Otero es el mejor sonetista de la historia de la literatura en español, junto con Quevedo y Miguel Hernández. Quien quiera escribir un soneto debería leer a esos tres. Y luego tirar el lápiz a la papelera y agarrar la paleta de amasar cemento. Luego se politicó –hablo de Otero– y la cagó más o menos con todo el equipo. Pero ahí están *Ángel fieramente humano* y *Redoble de conciencia*. Y no sólo son los sonetos, sino esos cuartetos encadenados (si es que se llaman así), y las piezas más libres. Pero les pierde, a todos ellos, el afán de dedicarse justamente a lo que peor se les da. Eso lo sé porque me ha pasado a mí. Véase *Fuera del tiempo y de la vida*, con todos sus aciertos. Los escritores somos muy retorcidos. Basta que el numen nos lleve por un lado para que queramos ir por otro. Llevarle la contraria al numen es lo peor que puede hacer un escritor. Pero estoy hablando de memoria, respecto a Otero, y probablemente

hablando de más. Hizo luego otras cosas dignas del mayor interés, si no recuerdo mal. También yo tendría que volver un día de éstos a él.

[...]

Tuve que dejar a Adorno –*Minima moralia*– más o menos a la mitad. No descarto volver a él, y de hecho tengo pensado acabar el libro. Pero el tío es un tostón. Mis sospechas iniciales se fueron reconfirmando a medida que leía. Lo cierto es que lo olí desde el principio. Pero a veces [...] me empeño en demostrar a mí mismo no sé qué absurdo sentido de la ecuanimidad; de la *esplendidez intelectual*. El perverso empeño lleva muchas veces consigo tragamierda que sé que no puedo digerir. Es un poco como lo de llevarle la contraria al numen, que te comentaba más arriba. Ese Adorno es un plastazo terminal. Terminal. Tiene vislumbres, y fulgores (mi volumen está ampliamente subrayado), pero para encontrar uno tienes que bucear en varias páginas de paja. Y luego tiene un problema, y es que escribe con una especie de casi imperceptible *mala conciencia*; es como si quisiera decir continuamente cosas que no termina de atreverse a escupir, a *soltar* de una condenada vez. Tiene el clásico pánico de los intelectuales de izquierdas de parecer *burgués*. Habla del individuo constantemente, y se nota que lo que querría de verdad sería reivindicar sin tapujos su condición, pero el «horror corporativo» que le producen sus propios deseos reprimidos le hace echarse atrás una y otra vez, en un intento reiterado de apuntalar su progresismo con infumables descargos sobre lo «colectivo». Se queda siempre en el borde; jamás acaba de mojarse. Y a mí acaba poniéndome de los nervios. A todo esto hay que añadirle los berenjenales que se monta con el lenguaje; páginas enteras que probablemente no entendiera ni él (lo que tú bien dices hablando de otros escritos suyos ya es aplicable a este volumen: a veces parece que el texto esté escrito en catalán o en italiano). No sé en qué medida habrá influido en eso la traducción, pero desde luego me compadezco del pobre capullo que tuvo que verter el libro al cristiano. Y eso que hablamos de lo que parece ser el Adorno más *light*. No quiero ni pensar la que puede armar el tío en libros posteriores [...] Y luego muchos de esos aforismos más breves –¡que para colmo llama «Frutillas»!– dan más pena que otra cosa. A Adorno se le nota que de mayor quería ser Nietzsche. La sensación final que yo he tenido leyendo *Minima moralia* es de patetismo, en el peor de los posibles sentidos.

24-XII-2003

[...]

No creo que titular los aforismos sea limitador. Sería como decir que titular cualquier cosa es limitador. Quiero decir: puede serlo, por supuesto. Quiero decir: *cualquier cosa puede ser o dejar de ser*. Lo importante es lo que haga uno con el material que tenga entre las manos. Yo pienso antes de escribir y también mientras escribo. No creo en esas dicotomías absurdas del pensador que rumia *a priori* versus el que rumia mientras avanza. Recuerdo que una vez Mañas me comentaba en una carta algo parecido. Es una cuestión básicamente irrelevante. El título –sea de un aforismo o de cualquier otro texto escrito– nunca limita ni deja de limitar. Simplemente da en el clavo o no da. Si no da, hay que intentar que por lo menos se acerque un poco. Muchos títulos son fallidos; la perfección total, en todo momento, es imposible. Pero la importancia de los títulos es absolutamente crítica; toda insistencia en ello es poca. Yo creo que se han escrito manuales sobre casi todo, menos sobre el arte de titular. Alguien debería animarse, aunque en último término sería bastante inútil. La capacidad para titular te da en buena medida la talla de un artista. Pero no se puede aprender. Forma parte del genio individual. Dicen que una imagen vale por mil palabras. Se equivocan. Lo que quisieron decir es que *un buen título* vale por mil palabras. De hecho hay títulos tan buenos que es una pena que luego queden arruinados por el texto que les sigue. Sus autores tendrían que haberse quedado ahí; en el título. Y que el libro lo escribiera luego cada lector. Hay una genialidad de Borges que aunque no habla exactamente de esto mismo atina con una cuestión que se aproxima mucho a lo que –con dudoso éxito, lo reconozco– estoy intentando decir: aquello de que para qué iba uno a escribir novelas, si con plantear argumentos ya bastaba. Algo así. Podríamos ir un poco más lejos y decir que para qué plantear argumentos siquiera, si con un buen título queda todo dicho. Esto es aplicable en dos sentidos: en el bueno y en el malo. ¿Cuántas veces agarras un libro en una librería y con sólo echarle un vistazo al título –o al nombre del autor; «Hermenegildo Peribáñez», por ejemplo– lo dejas caer en el estante como quien recula tras pisar un cagallón? Meditemos.

[...]

16-III-2004

[...]

Estoy leyendo *Fortunata y Jacinta*, del bendito de Benito, y me está encantando. Me recuerda mucho ciertos aspectos de Maugham. Al margen de consideraciones literarias, el interés sociológico de Galdós es verdaderamente inmenso. Es además de una *humanidad demoledora*.

[...]

19-IV-2004

[...]

En cuanto a la escritura, no sé. Es como si se hubiera producido una reacción autoinmune en mi numen. No he perdido en absoluto la capacidad de escribir, pero cualquier intento de hacerlo es rechazada automáticamente por mi sistema. Es una especie de autoasco, cuyos componentes no son en realidad, en modo alguno –como podría sospecharse–, «ideológicos». Quiero decir que se trata de un fenómeno estrictamente formal. Creo, sencillamente, que he escrito demasiado, durante demasiado tiempo. A lo que habría que añadir, además, los cientos de miles de palabras que he traducido en los últimos 20 años. Llega un momento, supongo, en que cunde el hastío. Empiezo a escribir y es como alguien que ha comido demasiado chocolate, y se mete un trozo en la boca y lo vomita. No me entra la escritura. Y *por consiguiente* no me sale. Así que empiezo y paro, empiezo y paro, empiezo y paro; arranco y borro, arranco y borro, arranco y borro... Y vuelta a empezar. Esta carta misma me ha costado sabe Dios cuántos intentos.

[...] hablar de generación X, para mí, es todavía peor que la murga del realismo sucio. Por lo menos en el caso del realismo sucio se supone que estamos hablando de una escuela o tendencia de escritores hechos y derechos. De personas mayores, en definitiva. El sambenito de la hostia adolescente de los hijos de papá buscando su lugar en el mundo es más vomitivo todavía, y no sé qué tendrá que ver conmigo. Si hay algo que nadie me puede colgar a mí es el marrón del síndrome de Peter Pan. Que se vayan a joder la marrana a

otro lado. Si algo tienen que decir, que digan que soy un mal imitador de Bukowski. Cualquier cosa menos agruparme a mí con esa banda de niñatos. Bueno, en fin... que digan lo que les salga de la polla. Qué importa ya.

[...] Sigo con Galdós. Me está encantando. Me he bajado ya *Fortunata y Jacinta* y *Lo prohibido*. Es soberbio, el menda. Tiene el don de la legibilidad, de la total y absoluta amenidad, y un humor sin desperdicio. Me está pasando con él lo que en su día me ocurrió con Maugham. Y lo bueno es que tiene libros para rato...; o sea que tengo sabrosa y proteica lectura garantizada durante meses/años.

[...]

22-V-2004

[...]

Yo no es que tenga que sacrificarme o no por el arte (prefiero decir arte que literatura; que cualquier otra cosa. Yo soy, más que un escritor, un artista, en el viejo sentido de la palabra), sino que el arte es mi misión y mi destino, es lo que sé hacer y lo que tengo que hacer, es lo único que le da sentido a mis segundos. Yo soy arte en puro movimiento. Y lo seré hasta el fin de mis días.

[...]

8-VI-2004

[...] Son cosas de la puntuación, algo con respecto a lo cual jamás me he cansado ni me cansaré de repetir que es absolutamente clave en la escritura. La puntuación es como la vía férrea de un texto; si falla, el escrito entero se descarrila. Por eso siempre tengo pánico de las «correcciones de estilo» que se suelen hacer en las editoriales; al menos, en las grandes editoriales, donde perpetran auténticas escabechinas (que los críticos luego atribuyen al autor del libro, cuando muchas veces no tienen nada que ver con él, sino con el puñetero corrector metomentodo de turno). En las pequeñas no meten tanto la pezuña, y en ese sentido yo he tenido suerte con todas mis publicaciones, en las que literalmente no me han tocado nunca ni una coma [...] Bueno, ya sabes que para mí la puntuación es casi más

importante que el contenido mismo del texto. La puntuación es lo que hace que la música que suena suene a ti. Es... ¿te acuerdas de aquello del «estilo como fisonomía del alma» (creo que era así; ahora no me acuerdo)? Bueno, la puntuación representa un porcentaje mayúsculo de lo que conforma ese estilo, esa fisonomía del alma de un escritor.

[...] es la escritura lo que hace de nosotros quienes somos. Recuerdo que cuando fui a visitar y entrevistar a Hubert Selby el tipo me contaba que debido a su salud cuando se levantaba por las mañanas nunca sabía si iba a poder ponerse a escribir o no; o si se iba a poner a escribir y luego iba a tener que dejarlo a los 20 minutos, a causa de lo jodido que estaba. «Es desesperante –me decía–. Porque sólo me siento vivo cuando estoy escribiendo.» Esa frase lo resume todo. Buk dice también que la escritura es el mejor autopasatiempo jamás inventado. Tiene razón. Se acostumbra uno a pajearse cerebro y numen delante de un papel o una pantalla y la cosa al final –igual, curiosamente, que la masturbación en su sentido físico literal– se hace obsesiva, compulsiva. Se convierte en una maldita droga. Yo siempre he dicho que la literatura es una forma superior de entretenimiento. Eso es aplicable al lector, pero sobre todo –y con ello vuelvo a Buk– a quien la escribe.

[...]

22-VI-2004

[...]

Yo con Bernhard lo intenté hace años y no pude con él. Pero sí, lo tengo anotado desde hace décadas –o lustros, al menos– en la chola, y algún día volveré al asedio de sus tapas. Creo que el tipo es droga dura y densa de cojones, y un hueso duro de roer. Aunque también lo es sin ir más lejos mi segunda novela, y la escribía yo mismo, jua jua jua. Por ahora sigo batallando a trancas y barrancas con el segundo volumen de Proust. No es que no me guste; es que a Proust no se le puede leer así como así, en cualquier situación. Necesita tiempo, relajación, ausencia de estrés y de tensión, momentos propicios para el ensimismamiento, densidad mental en el esfuerzo de concentración. Nada de distracciones. Lo cierto es que cuando te pones a leer a Proust no puedes hacer otra cosa; Proust te

chupa entero, es imposible leerle y dedicarte al mismo tiempo a otras cosas. Cuando se lee a Proust se lee a Proust, y no se puede hacer nada más; y claro, encontrar seis meses o más seguidos de ocio y tranquilidad es cosa chunga, y no digamos en mi caso. Y leer a Proust como lo estoy leyendo yo, a mordiscos por aquí y por allá, es no sólo asesinarlo, sino no disfrutar de su lectura. Por otra parte, Proust te impone el ritmo que él quiere; no puedes leer, en un día o en una sentada, más páginas que las que él te deje leer. Es la polla. Es ciertamente muy extraño, lo que ocurre. Proust es un misterio, un fenómeno absolutamente único, sin igual.

[...]

Lo que me dices de la precariedad y el sufrimiento [...] posiblemente sea en parte verdad, pero no olvidemos que como mejor se escribe es bien follado, con la panza llena y con un buen puro en la boca. Diga lo que diga nadie. Aunque, claro, antes o después hay que sufrir. Hay que haber sufrido para poder poner algo digno en la página (aunque también depende del tipo de autor que seas; pero en general, la regla es aplicable). Pero hay que haber tenido también muchas otras experiencias, y es necesario recordar una regla que sí se cumple siempre: un exceso de sufrimiento conduce a la esterilidad y/o a la destrucción. Todo debe experimentarse en su justa medida. Con el sufrimiento llega un momento en que, si es continuo, se vuelve insopportable, y luego se vuelve contra ti y te devora, te reduce a puré, te anula por completo. Yo no creo que hubiera escrito mucho en un campo de concentración. Y la vida muchas veces es eso; puede llegar a ser eso. El sufrimiento se puede llegar a prolongar de tal modo que al final ya es demasiado, ya no se le puede ver la gracia por ningún lado, lo mires por donde lo mires y adoptes la actitud que adoptes. Y creo saber algo de todo esto. Es lo que decía el viejo Buk: «Ah, no. Yo ya me he bajado de la cruz. Si quieren ver crucificados, que busquen a otro gilipollas, porque yo ya me he cansado...».

[...]

6-VII-2004

[...]

Esta mañana he escrito lo siguiente en una cafetería. Va tal cual, sin cambiar ni una coma.

«Me abandonan las ganas de escribir textos extensos en el momento justo en el que quizá debería estar considerando el abordaje de toda una segunda fase de mi carrera literaria. En el momento justo en que me doy cuenta de que en las últimas dos décadas no he escrito realmente *nada*. Es cierto que el poema y el fragmento –y sobre todo el fragmento– me han viciado sin remedio; pero a ello habría que añadir el cansancio vital, que se siente como tal vez en ningún otro momento de la vida sobre los 40, y la perdida definitiva e irrecuperable del *candor*, sin el cual es totalmente imposible realizar ciertos esfuerzos; esfuerzos que exigen la ingenuidad entusiasta de quien no sólo comete el error de pensar que existen cumbres, sino que además tiene la temeridad de considerarse capaz de alcanzarlas.»

[...]

17-VIII-2004

[...] hasta cierto punto escribí las dos novelas que he escrito para demostrarme a mí mismo que era capaz de escribir una novela. La ironía [...] es que esas dos novelas no son exactamente novelas, o por lo menos es discutible que lo sean. Más bien son ficciones. Sigo sin haber escrito una novela propiamente dicha; quiero decir lo que se entendía por novela en el siglo XIX, que es cuando más puro y verdadero llegó a ser realmente el género. Una novela como por ejemplo las de Balzac o Galdós.

[...]

22-VIII-2004

[...] ese libro (*Sexo y carácter*, de Otto Weininger) me llegó tan hondo que me hizo daño. Me quedé medio sonado después de terminarlo, cosa que suele ocurrir con los libros verdaderamente

grandes. Tengo pendiente su relectura, pero no sé cuándo me pondré con ella, porque ya sabes que la senda de las lecturas avanza vertiginosamente, desdoblándose *ad infinitum* en innumerables caminos nuevos, y que cuando uno quiere darse cuenta está en el otro lado del orbe de la letra impresa y ni siquiera es capaz de decir cómo llegó a su destino. Es decir, que a lo mejor releo a Weininger en breve, o dentro de unas semanas, o de unos meses, o de unos años, o nunca. Vete tú a saber.

[...] De todos modos tampoco son textos, los de ese libro de prosas en curso del que te envié la mencionada muestra, que vayan a sacudir el mundo. Ya sé que nada de lo que yo escribo es el tipo de cosa que sacude el mundo –o «la bomba», como quería **** cuando me instaba reiteradamente a escribir la «madre de todas las novelas»–, porque yo no soy ese tipo de escritor, sino que soy un escritor por acumulación, del que hay que ver todo en su conjunto para poder apreciar lo que hace como es debido; pero insisto en que esos textos que estoy escribiendo en los últimos tiempos se quedan yo creo que cortos para lo que suele ser –o puede llegar a ser– mi listón habitual. Casi parecen, en muchos casos, articulillos de prensa más o menos inocuos. Bueno. Estoy reagrupando y poniendo en orden mis fuerzas tras varios años de descalabro total; no es extraño que esta nueva puesta en marcha se vea marcada por cierto titubeo y cierta desigualdad. Son los primeros pasos de un hombre que ha estado seriamente enfermo y sale a la calle por primera vez después de una larga convalecencia. Lo único que espero es poder seguir caminando, con paso cada vez más seguro. Los poemas que estoy escribiendo en los últimos tiempos sí que me convencen mucho más que esas prosas; vienen –los poemas– con cuentagotas, pero vienen sólidos y bien trabados, y no tienen nada que envidiarle a mis esfuerzos del pasado. Veo que en ellos estoy recuperando mi tono ensimismado, y de algún modo volviendo a empezar.[...]

Al final me voy a tener que alegrar de no haber cursado estudios universitarios. Muchas veces me pregunto qué hubiera sido de mí de haberlo hecho, y de haber estudiado, como quería, filosofía pura, carrera que supongo que habría seguido en Alicante. O si hubiera cursado filología hispánica en Inglaterra, como de hecho estuve en un tris de hacer (no tenía los méritos académicos suficientes como para que me hubieran aceptado por la puerta normal, pero podría haber entrado por la de atrás, como “mature

student” –es decir, un alumno «tardío», de más edad que la de los que entran por el conducto normal– sobre la base de mis méritos literarios, que en aquella época consistían en mi primer libro, *Diecisiete Poemas*. Me llegué incluso a entrevistar con un tal profesor Penny, de la Universidad de Londres, que me dijo que si yo lo deseaba por él no había pegas, y que quedaba admitido. Luego, por asuntos de intendencia familiar, no seguí adelante con la idea). Es probable que si mis sueños académicos se hubieran hecho realidad ahora los estaría maldiciendo, o maldiciéndome a mí mismo, en algún oscuro puesto de profesor, y que por otra parte mi obra, tal como la he ido desarrollando, no hubiera existido [...]



Números publicados

1. AA. VV.: *La autobiografía en lengua española en el siglo veinte*. 273 p., 1991.
2. SUGRANYES DE FRANCH, R.: *De Raimundo Lulio al Vaticano Segundo*. 253 p., 1991.
3. SÁNCHEZ, Y.: *Religiosidad cotidiana en la narrativa reciente hispanocaribeña*. 202 p., 1992.
4. AA. VV.: *Estudios de literatura y lingüística españolas en honor de Luis López Molina*. 636 p., 1992.
5. MICHEL-NAGY, E.: *La búsqueda de la «palabra real» en la obra de A. Roa Bastos: El testimoniar de la ficción*. 317 p., 1994.
6. KUNZ, M.: *Trópicos y tópicos. La novelística de Manuel Puig*. 215 p., 1994.
7. ANDRES-SUÁREZ, I.: *La novela y el cuento frente a frente*. 270 p., 1995.
8. BRANDENBERGER, T.: *Literatura de matrimonio (Península Ibérica, s. XIV-XVI)*. 400 p., 1996.
9. CANONICA, E.: *Estudios de poesía translingüe (Versos italianos de poetas españoles desde la Edad Media hasta el Siglo de Oro)*. 251 p., 1997.
10. AGOSTINHO-DE LA TORRE, M.: *Vocabulario histórico en relatos geográficos del siglo XVIII (Virreinato del Perú)*. 768 p., 1999.
11. GÓNGORA, LUIS DE: *Epistolario completo*. Edición de Antonio Carreira. Concordancias de Antonio Lara. 807 p., 1999.
12. PEÑATE RIVERO, J.: *Benito Pérez Galdós y el cuento literario como sistema*. 728 p., 2001.
13. BACHMANN, S.: *Topografías del doble lugar. El exilio literario visto por nueve autoras del Cono Sur*. 244 p., 2002.
14. EBERENZ, R. / DE LA TORRE, M.: *Conversaciones estrechamente vigiladas. Interacción coloquial y español oral en las actas inquisitoriales de los siglos XV a XVII*. 280 p., 2003.
15. BÜRKI, Y.: *La publicidad en escena. Análisis pragmático textual del discurso publicitario de revistas en español*. 410 p., 2005.
16. LÓPEZ MERINO, J. M.: *Roger Wolfe. Y el neorrealismo español de finales del siglo XX*. 460 p., 2006.



PÓRTICO LIBRERÍAS
Muñoz Seca, 6
50005 Zaragoza (España)
Tel. (+34) 976 357 007 • Fax 976 353 226-
e-mail: portico@porticolibrerias.es

ISBN 84-7956-040-1

A standard 1D barcode representing the ISBN 84-7956-040-1.

9 788479 560409